

MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Extensión Cultural y Bellas Artes

Sección de Publicaciones

**HOMENAJE AL LIBERTADOR EN EL CXVII
ANIVERSARIO DE SU MUERTE**

1830-1947

Ministro de Educación Nacional

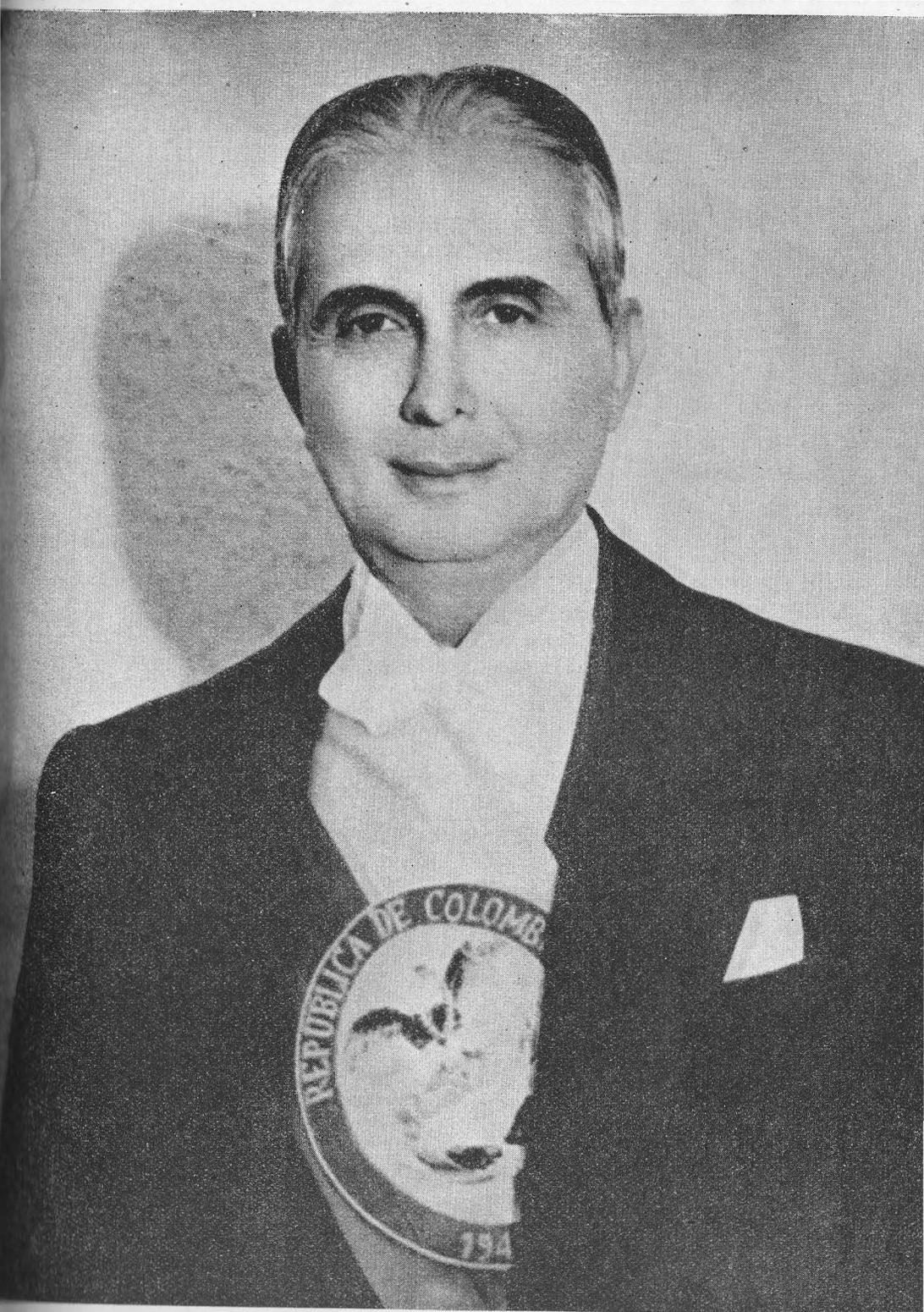
Joaquín Estrada Monsalve.

Director de Extensión Cultural y Bellas Artes

Alvaro Ortiz Lozano.

Jefe de Cultura Popular y Publicaciones

Jorge Luis Arango.



Excelentísimo Señor Presidente de la República Doctor MARIANO OSPINA PEREZ

DECRETO NUMERO 3928 DE 1947

(10 de diciembre)

por el cual el Gobierno Nacional conmemora el CXVII Aniversario de la muerte del Libertador Simón Bolívar.

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
en uso de sus facultades legales, y

CONSIDERANDO:

- 1º—Que el próximo 17 de diciembre se cumple el CXVII Aniversario de la muerte del General Simón Bolívar, Padre de la Patria;
- 2º—Que la Academia Colombiana de Historia, la Sociedad Bolivariana y demás entidades similares del país se disponen a rendir homenaje tal día a la memoria del Libertador; y,
- 3º—Que es deber del Gobierno mantener el culto de la Nación a la memoria de sus grandes hombres y creadores,

DECRETA:

Artículo 1º.—El Gobierno Nacional conmemora el CXVII Aniversario de la muerte del Libertador Simón Bolívar y presenta nuevamente su memoria a la veneración de todos los colombianos.

Artículo 2º.—El Ministerio de Educación Nacional procederá a elaborar el programa para la celebración de esta magna fecha, coordinando las actividades de todas las entidades que puedan prestar su concurso para dicha celebración.

Artículo 3º.—En todos los Edificios Nacionales se izará la Bandera Nacional. Igualmente se ordena colocar el retrato del Libertador en el sitio de honor del Aula Máxima de todos los establecimientos oficiales.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Bogotá, a 10 de diciembre de 1947.

Presidente de la República: *Mariano Ospina Pérez*

Ministro de Educación Nacional: *Joaquín Estrada Monsalve*

RESOLUCION NUMERO 2126 DE 1947
10 de diciembre.

Por la cual se reglamenta la celebración del Aniversario de la muerte del Libertador.

EL MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL,
en uso de las atribuciones que le confiere el Decreto
Nº 3928 de 10 de diciembre de 1947,

RESUELVE:

Artículo Primero.—Desígnase una Junta Organizadora del homenaje que ha de rendirse al Libertador el 17 de diciembre con motivo del CXVII Aniversario de su muerte, constituida en la siguiente forma:

Por la Academia de Historia y la Sociedad Bolivariana, los Presidentes respectivos.

Por la Prensa, los doctores Roberto García Peña y Lucio Pabón Núñez.

Por el Ejército Nacional, el General Rafael Sánchez Amaya.

Por el Ministerio de Educación, Gerardo Valencia, Director de la Radiodifusora Nacional; Carlos López Narváez, Director de Extensión Cultural y Bellas Artes, y Jorge Luis Arango, Jefe de Cultura Popular.

Artículo Segundo.—Comisionase a los Directores de Educación Pública para que en los respectivos departamentos organicen juntas similares y elaboren los programas para la celebración del Aniversario en la forma más solemne posible, tanto en las capitales de los departamentos como en cada uno de los municipios de su jurisdicción.

Artículo Tercero.—El Departamento de Extensión Cultural y Bellas Artes del Ministerio de Educación procederá a enviar inmediatamente a los periódicos y radiodifusoras del país copias de las principales proclamas, discursos, cartas, mensajes y pensamientos del Libertador con el fin de que sean utilizados en las ediciones extraordinarias o páginas especiales que sean dedicadas a la memoria del Libertador el 17 de diciembre, lo mismo que en las emisiones especiales de las radiodifusoras.

Comuníquese.

Dada en Bogotá, a 10 de diciembre de 1.947.

Ministro de Educación Nacional: *Joaquín Estrada Monsalve*
Secretario-Encargado: *Lisandro Medrano*

PROGRAMA CONMEMORATIVO

EN LA CAPITAL DE LA REPUBLICA

DICIEMBRE 16

A las 7 p. m., retreta fúnebre a cargo de la Banda Nacional, en la Plaza de Bolívar.

DICIEMBRE 17

A las 9½ a. m., Honras fúnebres por el alma del Libertador en la Basílica Primada, con asistencia del Excelentísimo Señor Presidente de la República, los Ministros del Despacho, las autoridades civiles y eclesiásticas y el Cuerpo Diplomático.

Pronunciará la oración fúnebre el Presbítero Doctor Pedro Pablo Galindo.

A las 11 a. m., Ofrenda floral y formación militar ante la estatua del Libertador.

Llevará la palabra el Señor Ministro de Guerra, doctor Fabio Lozano y Lozano.

A la 1 p. m., hora en que murió el Libertador, el Excelentísimo Señor Presidente pronunciará una alocución conmemorativa, dirigida a la nación colombiana.

A las 7 p. m., el señor Ministro de Educación, doctor Joaquín Estrada Monsalve, pronunciará una conferencia por la Radiodifusora Nacional sobre el tema: "*Bolívar y la Educación*".

A las 8 p. m., los representantes diplomáticos de los países bolivarianos, dirigirán breves palabras alusivas a la conmemoración, por la Radiodifusora Nacional.

Durante el día la Radiodifusora Nacional, en conexión con otras radiodifusoras, irá transmitiendo todos los actos. Además, radiodifundirá música fúnebre y dará lectura a cartas, mensajes, discursos, proclamas y pensamientos del Libertador.

EN LOS DEPARTAMENTOS:

Los Directores de Educación Pública, de acuerdo con la Junta Organizadora que designen, elaborarán los respectivos programas

en forma que en todos los municipios del país y especialmente en las capitales de departamento, la celebración revista la mayor solemnidad.

CONCIERTO DE LA BANDA NACIONAL DE MUSICA

Programa que ejecutó el martes 16 de diciembre, a las 7 p. m., en la Plaza de Bolívar, con motivo del 117º aniversario de la muerte del Libertador, la Banda Nacional de Música, dirigida por el maestro José Rozo Contreras:

- I.—*Tannhauser*. Obertura *Wagner*
- II.—*Quinta Sinfonía* (Segundo Tiempo) *Beethoven*
(Andante con motto)
Transcripción para Banda de A. Vessella.
- III.—*Redención*. Poema Sinfónico *Franck*
Transcripción para Banda de A. Gironee.
- IV.—*Nocturno en Do menor, Op. 48, N° 1* *Chopin*
Transcripción para Banda de A. Vessella.

A L O C U C I O N P R E S I D E N C I A L

Colombianos:

En este mismo instante —una y minutos de la tarde— hoy hace 117 años el Libertador Simón Bolívar exhaló su último aliento, concluyendo así el drama maravilloso de una vida extraordinaria, cuya gloria aumenta en la medida que se cumplen sus predicciones de genial visionario, y América, hija de su ambición guerrera y de su pensamiento político adquiere, por el grado creciente de su civilización y de su cultura, una mayor influencia en el destino de los pueblos. Ha querido el gobierno nacional restaurar el culto de esta hora y de estos minutos que son —y tienen que ser en lo sucesivo— de serena meditación patriótica como corresponde a la sagrada memoria del Héroe, a la gratitud que le debemos y al prestigio de su inmortal doctrina. El pueblo colombiano que más directamente recibió el influjo de su obra, necesita, para su propia exaltación, convertir esta clásica fecha, como las demás que recuerdan los momentos culminantes de la vida bolivariana, en auténticos días de fiesta patria, consagrados a la evocación cariñosa de sus hechos ejemplares, al estudio atento de sus ideas orientadoras y al análisis provechoso de los múltiples aspectos de su personalidad admirable. Una figura como la del Libertador, tan prodigiosamente dotada de excepcionales atributos, será siempre filón inagotable de sabiduría para extraer fecundas y nuevas enseñanzas. Constituye, ciertamente, un privilegio de la fortuna el poder ofrecer un símbolo patrio de tan vigoroso relieve, capaz por sí sólo de colmar la historia entera de un pueblo, satisfaciendo con creces las mayores exigencias del orgullo nacional, hasta el punto de que los más encumbrados contemporáneos suyos, —con todo y haber descollado majestuosamente, no en una época cualquiera sino en la propia edad de oro de la república—, aparecen subordinando su prestigio a la gloria del Héroe y brillando, en cierta forma, como un reflejo de su fama.

Ninguna página me ha conmovido tanto en la historia de Colombia como el relato de aquella escena dolorosa cumplida hace 117 años, en San Pedro Alejandrino, y cuya socrática grandeza ha ejercido particular influjo en mi vida por la doctrina fecunda de concordia nacional que, con acentos de solemnidad melancólica proclamó el Padre de la Patria al rendir su último aliento. Después de una carrera fulgurante en que su corcel guerrero midió casi toda el área del continente americano, liquidando viejas iniquidades, fundando patrias, creando una conciencia jurídica que más tarde había de servir para establecer sobre las bases firmes e inmovibles del Derecho y de la Justicia la solidaridad continental; luego de haber señalado a las nuevas repúblicas los más sanos principios de gobierno, obrando como sabio legislador que, sobre las manifestaciones del medio y de la raza consulta la tradición y las costumbres para poner a cada nación modalidades institucionales que responden fundamentalmente a sus realidades auténticas; tras de luchar con decisión por organizar los nuevos pueblos en medio de las tremendas contradicciones de la vida americana, y haber defendido su obra contra lo que él llamaba “la feroz hidra de la discordante anarquía”, que oponía tremendas resistencias a la consolidación democrática de América, precipitando a las nacionalidades nacientes a extremos de disolución y de barbarie, llegó al final de su gloriosa existencia clamando contra la esterilidad de los odios y predicando un evangelio de amor y de concordia como la única fórmula posible para aglutinar voluntades en una empresa colectiva de ambiciosos alcances.

Yo no puedo menos de invitar esta tarde a mis compatriotas de todos los partidos y clases a formular, como supremo homenaje al Libertador en este nuevo aniversario de su muerte, la promesa de realizar, serena y valerosamente, en los diversos aspectos de la vida nacional, el deseo consignado por el Genio en su testamento político, de sacrificar los resentimientos que nos dividen para que se establezca la indispensable concordia entre los colombianos y se consolide la unión en el servicio de la patria.

El programa preconizado por el actual gobierno, reconoce su origen más ilustre en la inmortal proclama, hasta el punto de que puede afirmarse que la partida de bautismo de la Unión Nacional—aspiración constante de los grandes conductores de la República, a través de toda su historia— se halla consignada en ese hermoso documento dictado por el Genio, bajo el influjo de la filosofía cristiana y como feliz resultado de una experiencia memorable.

La obra de Bolívar, en la independencia y en la organización política de los estados del nuevo continente que, al lado de la de Colón en el descubrimiento, y de la de Humboldt en la investigación científica, completa la maravillosa trilogía de la historia de América, constituye para la juventud de todos los tiempos un alto ejemplo de carácter, de voluntad y de sacrificio en aras de un ideal generoso, cuya grandeza aparece más evidente a medida que se suceden los acontecimientos, y las comparaciones necesarias la destacan, ante la admiración de las edades, como la más noble empresa de libertad y de justicia.

En efecto, ninguno de los guerreros prestigiosos de la antigüedad o de los grandes conductores de pueblos en la historia moderna, ha logrado sobreponerse a los halagos de la codicia, de la ambición o del egoísmo. Alejandro, Aníbal, César, Napoleón, figuras descomunales de conquistadores, a cuyo paso surgían o desaparecían los imperios, se destacan, ciertamente, como dominadores incontrastables de razas y de pueblos. Pero al lado de aquellas hazañas desconcertantes de soberbia, de audacia y de valor, que los condujeron a las propias cimas del mito, entre el incienso de la adulación colectiva, la silueta de nuestro Libertador, luchando en un escenario desconocido, dentro de un medio hostil y sin los recursos que hicieron más impresionante el dominio de aquellos caudillos imperiales, aparece más cercano al ideal de nuestra civilización cristiana, basada no en el triunfo de las individualidades superiores sino en la dignidad de la persona humana; en la suma de bienes alcanzados en favor de la comunidad y en la grandeza espiritual de los pueblos. Porque el éxito de Bolívar no es el de un hombre sino el de una nueva humanidad. Es América misma, con sus muchedumbres dispersas, con sus democracias en formación, con sus múltiples patrias y sus confusas ambiciones la que lucha, sufre y prospera a través de la actividad libertadora, que, inagotable y múltiple aún hoy, al cabo de más de un siglo de la desaparición del Héroe, sigue orientando con igual decisión los destinos del continente. Ahora, precisamente, nos hallamos en vísperas de constatar con nuestros propios ojos, cómo se cumple el sueño de la unidad continental que Bolívar persiguiera realizar desde sus días febriles de la Carta de Jamaica, hasta su final melancólico en las riberas del Caribe. La gran liga anfictionica de los pueblos americanos la veremos actuar en la propia capital de Colombia, marcando derroteros seguros al hemisferio a tiempo que el universo asiste a una de esas grandes crisis precursoras de transformaciones funda-

mentales en la historia del mundo. El Genio avanza así, con su doctrina, iluminando el porvenir. Y al grito profético que, desde las márgenes del Orinoco hasta las cumbres dominadoras de la pampa argentina, escucharon las montoneras heroicas de una América desconocida y semibárbara en los días inciertos de la empresa libertadora, se convierte, al cabo de un siglo, en la gran voz histórica que congrega los pueblos del nuevo continente a decidir sobre sus destinos dentro de un ambiente solemne en diálogos de resonancia universal.

No aró, ciertamente, en el mar, ni edificó en el viento, el Héroe máximo de la nacionalidad. En este luctuoso aniversario de su muerte podemos acercarnos los colombianos hasta el bronce de su estatua a decirle, sin reservas, con el entusiasmo que suscita su recuerdo glorioso: Libertador: la patria sigue montando guardia al pie de tus doctrinas; de tus fecundas enseñanzas; de tus prospectos de libertad y de orden; de tus palabras de reconciliación y de justicia. La unión está consolidada en el espíritu del pueblo que, hoy más que nunca, es bolivariano por la voluntad imperturbable que lo asiste de defender, hasta el sacrificio, las tradicionales bases de su organización democrática; por su ardiente fe religiosa; por su fisonomía legalista; por su esencial propósito de servir generosamente a la causa de la armonía continental que constituyó su ideal predilecto de una América libre. Por eso al honrar hoy tu memoria, oh Padre inmortal, interpreto el sentimiento colectivo rindiendo, como jefe del Estado, el más fervoroso tributo de admiración y de respeto al más puro símbolo de la grandeza de Colombia.

DISCURSO DEL PRESBITERO GALINDO

Excelentísimo Señor Presidente,
Excelentísimo Señor Arzobispo Primado:

La vida del Padre de la Patria se acerca a nuestros espíritus en su deslumbradora grandeza; la gratitud estremece de uno a otro extremo el suelo colombiano y en estos ritos fúnebres sube hasta Dios el nombre de Bolívar con nuestras oraciones en que pedimos para él la luz sin sombras, la paz sin inquietudes y la gloria eterna.

“Murió el Libertador” fue la voz que, con la rapidez del relámpago, pasó sobre América hoy hace 117 años, llevando el dolor a los admiradores, el arrepentimiento tardío a los enemigos, temblor de lágrimas a sus compañeros de armas, opacidad al brillo de su espada, crespones al tricolor por él enaltecido y sombras al cielo de nuestro hemisferio.

En ese ya lejano 17 de diciembre quedaron inertes las manos que manejaron con igual destreza la espada y la pluma, que se crisparon tantas veces con honda emoción, que acompañaron con gesto diciente el vuelo de las ideas; enmudecieron los labios que fueron cauce al pensamiento fecundo y cráter del bullir atormentado de los sentimientos; se cerraron los ojos a los cuales se asomó siempre su alma apasionada y ardiente; quedó paralizado el corazón que fue incensario de patriotismo y antorcha de libertad y terminó la vida iniciada en Caracas el 24 de julio de 1783.

Cuarenta y siete años de vida . . . la más accidentada, la más intensa, la más fecunda . . . Educación única por que rompió todos los moldes consagrados, incertidumbres juveniles que terminan el día en que un juramento fija el rumbo y encauza una existencia. La inteligencia, ventanal abierto al infinito, la voluntad forjada para el nobilísimo empeño, el corazón que sabe del amor que se sacrifica y hasta el organismo que responde al vuelo del espíritu. Triunfos y reveses, aclamaciones rayanas en el delirio y calumnias que sobrepasan toda injusticia, ahora honores a nadie antes tributados y lue-

go insultos que tienen de látigo y de salvazo. Pasea por sobre los Andes, ensancha los horizontes del llano ilímite, lo abanica la selva inmensa, la ventisca de los páramos muerde sus carnes y el calor tropical apresura el bullir de su sangre. Cuatrocientos setenta y dos combates templaron sus nervios, lo vieron todos los sitios, sintieron sus pasos todos los caminos, lo besaron los aires de todas las cumbres, copiaron su imágen los ríos de todo un Continente. . . Forjó heroísmos, despertó amores, sublimó entusiasmos, se desposó con la libertad, esclavizó a la gloria, dictó normas a los tiempos futuros y los siglos se pasan como antorcha su recuerdo!

Momentos estelares hubo en esa existencia que los artistas feliz y afortunadamente han hecho perennes en las estatuas del héroe. La que ostenta Quito con orgullo, en el rapto sublime en que se lanza al espacio estrecho a sus ansias libertadoras. La de Miller en que toda la grandeza del monumento y la misma del héroe se borran ante el gesto de ternura con que estrecha contra su corazón la bandera, para decirnos cuál fue su patriotismo. La de Fremiet en el parque de la Independencia cuando señala a Santander y Anzoátegui el Puente de Boyacá el día en que nació Colombia a la vida independiente. . . Y ésta de nuestra plaza principal, el bronce de Teneranni, la que une al estadista y al soldado, la que inclina la espada y se envuelve en la toga, en cuya frente se adivina la gestación del pensamiento y cuya apostura majestuosa nos muestra al elegido por Dios para darle libertad al mundo americano. Nos falta una, la de Pativilca, cuando derrotado, enfermo, abandonado. . . dentro de su vida en ruinas hace arder la voluntad heroica y deja que de sus labios se escape la palabra que proclama la victoria y anticipa todos los triunfos.

Si los hechos perpetuados por el arte nos conservan su imágen, frases suyas nos explican toda su actuación.

“Mientras quede algo por hacer nada hemos hecho”. No sé si será por aquello de que “A nuestro parecer, todo tiempo pasado fue mejor” pero lo cierto es que nuestra vida tiende cada día más a la molicie, que nos apena el esfuerzo, que huímos la responsabilidad, que recortamos los deberes de nuestro estado y que estamos prontos a desertar de las filas en que formamos a la primera oportunidad. Qué de alabanzas para nuestras obras si algunas tenemos en nuestro haber y cómo ponderamos el trabajo adelantado y el desgaste de nuestras energías; no parece sino que hemos trabajado más de lo debido y que la humanidad es muy ingrata al no recompensarnos. Ideales, vocación, desprendimiento, sacrificio, deber. . . todo

eso tan noble y tan grande nos suena extraño y huye ante el personalismo exaltado, ante la egolatría imperante, ante el olvido de la responsabilidad que tenemos contraída con nuestra conciencia, con la Patria y con Dios.

Bolívar todo lo abandona: hogar, familia, fortuna, comodidades, paz, tranquilidad, reposo; niega el sueño a sus ojos, fuerza sus nervios para el trabajo, no lo detienen obstáculos aunque se muestren invencibles. Se conoce la frase española que lo declara más temible en la adversa que en la próspera fortuna. Ha roto las cadenas de la esclavitud, ha dado libertad a todo un Continente, ha sacado ejércitos de la nada, ha modelado naciones, reforma el pasado, crea el presente, ilumina el porvenir; nadie lo iguala en actividad, multiplica el tiempo y rinde a los más esforzados, y como sus ideales señalan cumbres más lejanas, se declara como en el Evangelio, siervo inútil y levanta sus fuerzas con el "ahora comienzo" del Profeta Rey y del Apóstol de las gentes porque por los caminos del deber y del sacrificio se llega siempre a las alturas donde impera la verdad y donde se hermanan la mística y el ensueño.

"La gloria está en ser grande y en ser útil". Que fue grande, lo proclamamos en esta conmemoración. Grande en su entendimiento. Ya más de un siglo en que se pesan, se comentan y se discuten sus ideas que hallan cada día mayor aplicación. Grande en su voluntad que por los caminos de lo imposible llegó al mayor de los éxitos. Recordad lo que era España y lo que éramos nosotros y decidme si no hay peligro de que se llegue a juzgar leyenda la obra de esa voluntad indomable. Y la utilidad corre parejas con la grandeza y entrambas producen la obra fecunda de que todos nosotros disfrutamos, y seguirá pasando bajo la arcada de la eternidad el torrente de los siglos que murmuran su nombre y dán más firmeza y relieve a su imagen inmortal.

En la parábola de los talentos el padre de familias galardona a quienes los hicieron fructificar, y ya el Profeta Isaías dice que el Señor Dios de los ejércitos será corona de gloria y fortaleza para quienes vuelvan de la lucha. Como quien dice, el Antiguo y el Nuevo Testamentos se unen para dar más confianza a nuestras oraciones y hacernos pensar en el galardón recibido por el Libertador que ya lo adivinó cuando dijo: "El que lo abandona todo por ser útil a su país no pierde nada y gana cuanto le consagra".

Cerca de San Pedro Alejandrino hay una aldea y en ella una vetusta iglesia de espadaña y en su frontis una placa que dice cómo de allí salió el Viático para el Libertador; y en la partida de de-

función se lee que “Habiendo hecho testamento, se le administraron todos los santos sacramentos”.

Al final de la jornada el sublime encuentro. La pila bautismal de Caracas repercute en el lecho de agonía de Santa Marta en el instante supremo... Nuestro Señor Jesucristo recoge el espíritu del Padre y Libertador... y la unión sacramental sella la eterna de Dios con su criatura...

Silénciense los labios y eleve el corazón sus plegarias...



Doctor FABIO LOZANO Y LOZANO
Ministro de Guerra.

DISCURSO DEL MINISTRO DE GUERRA

El 17 de diciembre de 1819, en la ciudad de Santo Tomás de Angostura, cabe el Orinoco libertador, se cumplió un hecho que marca alto vértice —quizá máximo— en la obra titánica de Bolívar.

Francisco Antonio Zea, granadino ilustre, presidente de una ilustre asamblea venezolana, puesto en pie, majestuoso el continente, noble, transfigurada la expresión, la voz timbrada y firme, lanzó como un reto a los leones todavía formidables de España, el célebre grito: “La república de Colombia queda constituida: Viva la república de Colombia!”

Tambores y cornetas, retumbar de cañones, fulgir de aceros, banderas tremolantes, alegría, fe y esperanza de las almas, acogieron el grito temerario, lo nimbaron de prestigio y dilataron su intensidad sonora por los cuatro vientos de la Historia.

Fue ese el día más feliz, hasta entonces, de la vida de Bolívar. Porque la creación de Colombia, como ancha base roqueña de la solidaridad americana, fue el más pujante sueño de su espíritu, su anhelo más hondamente sentido, su aspiración más amorosamente acariciada. Así consta en mil documentos; consta, especialmente, rotundamente, en tres que se consideran con razón como los más vigorosos alumbramientos de su estro, y que son como la *summa* ideológica del Libertador: el manifiesto de Cartagena en 1812, la carta de Kingston en 1815 y el discurso de Angostura en 1819.

En este último, poseído por el soplo profético que hacía crecer la llama de su genio, al contemplar el espectáculo de la inmensa y ubérrima comarca reunida bajo el nombre prestantísimo de Colombia, su alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal de cuadro tan asombroso: volando por entre las próximas edades, su imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor y la vida que ha cobrado su obra, se siente arrebatado y se abandona a uno de sus grandes delirios: “Ya la veo —dice— servir de lazo, de cen-

tro, de emporio de la familia humana; ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y oro; ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo; ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza; ya la veo sentada sobre el trono de la libertad, empuñando el cetro de la justicia, coronada por la victoria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno”.

El 17 de diciembre de 1819 fue un día de gloria inmarcesible. Un día de esos cuya felicidad y cuya gloria redimen toda la miseria de la humana existencia y todo el desamparo en que purgan su grandeza los Genios, los grandes Solitarios de la Historia.

Fuerte con la gloria y la felicidad de ese día, Bolívar imprime a su caballo el galope de leyenda y prodigio que incendia las llanuras de Carabobo, doma los farallones trágicos del Guáitara, se empina sobre el Chimborazo, restalla como un trueno en las gélidas punas de Junín y pára sobre el Potosí fabuloso, todavía más arriba, junto al sol...

Ahora tenemos delante el reverso de la medalla.

El 17 de diciembre de 1830, en la casa hidalga de San Pedro Alejandrino, jurisdicción de Santa Marta, el Padre de Colombia se abismó en los arcanos de la muerte.

Grande como el mar que la presencié, como él tempestuosa, como él profundamente amarga, fue la agonía de Bolívar. Agonía de cóndor vencido. Agonía de redentor crucificado.

Había llegado a Bogotá la última vez, el 16 de enero de 1830. Por caminos excandecidos y crepitantes, había cruzado, en los años que siguieron al regreso del Perú, de uno a otro, angustiosamente, los ámbitos de su amada Colombia. Un halo de tragedia lo envolvía. El dolor era su fiel compañero. Su sombra proyectada por rayos de ocaso, se alargaba y retorció sobre el yermo en formas cabalísticas y siniestras.

El 20 de enero instaló el congreso llamado por antonomasia “Admirable”, e hizo patética renuncia del mando supremo, que, sin embargo, tuvo que ejercer hasta el 2 de marzo, en que lo dejó para siempre. El 8 de mayo salió de Bogotá, para el mar, para Europa, para un sitio lejano y tranquilo, donde se le permitiera reposar la fatiga de veinte años, orear la cabeza enardecida y restaurar el tesoro de su honra, que las pasiones miserables habían tomado a saco.

Fué un viaje muy corto y muy largo. Muy corto, porque si bien

llegó al mar, no alcanzó a Europa ni siquiera a los Montes Azules de Jamaica, donde cifraba cordialísimas esperanzas de salud. Muy largo, porque duró siete meses y empalmó con el viaje sin término y sin regreso.

El 22 de mayo llegó al pueblecito de Turbaco, a la orilla del Atlántico, y allí permaneció un mes; fué luégo a Cartagena, y estuvo allí hasta fines de septiembre; el mes de octubre lo pasó en el pueblo de Soledad, y el de noviembre en Barranquilla.

Todas las noticias desagradables, todos los acontecimientos desgraciados, todos los presagios lúgubres, se dieron cita en esos siete meses para abrumar la conciencia de Bolívar, para pesar sobre sus hombros ya claudicantes, para refinar la tristeza, la amargura y el abandono de su calvario.

Cristo padeció todos los dolores menos el arrepentimiento, dijo en frases perdurables Marco Fidel Suárez.

Bolívar padeció todos los dolores, incluso el arrepentimiento, porque dudó de su obra, pensó que había arado en el mar y creyó que el futuro lo fustigaría como autor de males innumerables.

Todas las ruindades, todos los tormentos, la vil calumnia, la pálida envidia, la cobardía emboscada y artera, la ingratitude negra como el crimen, se cerraron sobre los horizontes del Héroe. Tal es la desolada verdad. Pero en medio de tántas decepciones y tántos pesares, por el cielo caliginoso y adverso cruzaron también algunas nubes de bonanza.

Bolívar recibió nobilísimas cartas de sus parientes de Caracas, arruinados por la guerra, pero que le ofrecían con el corazón los restos de su pasada magnificencia; cartas de algunos ilustres peruanos, como el mariscal La Fuente, Hipólito Unánue y Manuel Ferrerros, con expresiones de invariable afecto; cartas del Ecuador en que se le brindaba generoso albergue; cartas de Bolivia en que se le encomendaban misiones oficiales para Europa; cartas de diversos lugares de Colombia, que lo reclamaban a la cabeza del ejército; y este decreto del congreso de Bogotá, que lo alcanzó en Turbaco:

“El Congreso Constituyente,

CONSIDERANDO:

“Que el Libertador Simón Bolívar, no sólo ha dado existencia y vida a Colombia por sus incesantes e inauditos esfuerzos, sino que

ha excitado la admiración del Universo por sus proezas y eminentes servicios a la causa americana;

“Que ha cesado de ser presidente de la república, desde que, insistiendo en hacer dimisión del mando, el congreso nombró su sucesor;

“Que el desinterés y la noble consagración de que ha dado las más distinguidas pruebas desde que comenzó su carrera pública, exigen una demostración de gratitud nacional que le pongan a cubierto de los efectos de un generoso y sin igual desprendimiento,

DECRETA:

“Artículo 1º.—El congreso constituyente, a nombre de la nación colombiana presenta al Libertador Simón Bolívar el tributo de gratitud y admiración a que tan justamente le han hecho acreedor sus relevantes méritos y sus heroicos servicios a la causa de la emancipación americana.

“Artículo 2º.—En cualquier lugar de la república que habite el Libertador Simón Bolívar, será tratado siempre con el respeto y consideración debidos al primero y mejor ciudadano de Colombia.

“Artículo 3º.—El poder ejecutivo dará el más puntual y exacto cumplimiento al decreto del congreso de 23 de julio de 1823 por el cual se concedió al Libertador Simón Bolívar la pensión de treinta mil pesos anuales, durante su vida, desde el día en que terminase sus funciones de presidente de la república, y esta disposición, deberá tener efecto, cualquiera que sea el lugar de su residencia.

“Dado en Bogotá a 9 de mayo de 1830.

“El Presidente del Congreso,

Vicente Borrero”.

Y la Madre España, que engendró a Bolívar en sangre y alma, que le dio genio, figura, acero invicto, penacho eximio, amor por la aventura romántica y celo insomne por la justicia y por la fama, acudió en la hora postrera —olvidada de agravios y de luchas— a cerrarle piadosamente los ojos, por la mano gallarda de don Joaquín de Mier y Benítez, uno de esos castellanos sin tacha que pueblan la gesta luminosa del Romancero.

Bolívar arribó con su séquito a Santa Marta el 1º de diciembre, a bordo del bergantín “Manuel”, puesto a sus órdenes por el señor de Mier. Se le condujo del barco a la ciudad en silla de manos. Su estado de salud era ya desesperado. Así lo comprendieron desde el primer momento el médico francés Réverend y el norteamericano

no Mac Night. “El cuerpo muy flaco y extenuado, el semblante adolorido y una inquietud de ánimo constante; la voz ronca, una tos profunda...”

No podía tenerse en pie, parecía un cadáver escapado de la fosa, dice el muy documentado historiador José Ignacio Méndez; sin embargo, hizo un esfuerzo para sonreír y agradecer el cordial recibimiento de los samarios, que le acompañaron, aclamándolo, hasta la Casa del Consulado o Tribunal de Comercio, donde se le había preparado alojamiento.

Don Joaquín de Mier se consagró a atender al Libertador en la forma más delicada; lo obsequió con vinos y manjares exquisitos, blancas holandas, bálsamos y perfumes que no era fácil obtener en el mercado de la ciudad; y en busca de más propicias condiciones climatéricas, lo condujo —el día 6— en su coche, acompañado por su esposa, la egregia dama doña Isabel Rovira y Dávila, a su casa de campo de San Pedro Alejandrino, una legua distante de Santa Marta, donde extremó el cuidado y la solicitud.

En la gratísima estancia de San Pedro, el enfermo pareció mejorar al principio. Pero pronto volvió a postrarse. La tuberculosis le minaba el organismo, y el alma la tenía agobiada de dolor. Un dolor acre, una suprema desesperanza, un negro pesimismo.

—Doctor, ¿qué vino usted a buscar en estas tierras?, preguntó alguna vez a Réverend.

—La libertad, mi general.

—La ha encontrado usted?

—Sí, mi general.

—Es usted más afortunado que yo...

El día 10 dictó su testamento, pieza admirable, donde la huella del Grande Hombre se marcó con rasgos diamantinos. Dictó y firmó también su última melancólica proclama: “No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión... Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro...”.

La decadencia fue en seguida incontrastable. Insomnio tenaz, delirios, fuertes accesos de tos, dolores de pecho, debilitamiento gradual. La llama se extinguía... Se extinguió...

Murió nuestro padre Bolívar, el 17 de diciembre de 1830, a la una, 3 minutos, y 55 segundos de la tarde. “Sus facciones —escribió el doctor Réverend— expresaban una perfecta serenidad; nin-

gún dolor o seña de padecimiento se reflejaba sobre su noble rostro...” ¡Había perdonado!...

117 años nos separan del día nigérrimo. A esa distancia, la idea de la muerte no conturba. Ilumina, por el contrario, y fortalece las almas. En cuanto a Bolívar, la muerte marca el ingreso definitivo a los Olimpos inmortales. Limada por el tiempo, la estatua de Bolívar se perfila, como la de un Dios protector, sobre la vasta escena unánime del continente. Las escorias del hombre han desaparecido. Su gloria de héroe, su fulgor de genio, su corona de mártir, decoran el cielo de América y son tesoro común y amadísimo de nuestros pueblos.

Designado yo gentilmente para tomar parte en esta ceremonia, por el Supremo Gobierno y por la Academia de Historia, he querido repetir aquí conceptos que he expresado sobre el mismo tema en tierras extranjeras, y entrelazar, para rendirlos al pie de este monumento augusto, los frescos gajos de los laureles de Boyacá, los rojos mirtos de amor que muy cerca de aquí florecieron y los lívidos encantos de San Pedro Alejandrino.

Colombia llega a la altura de este aniversario con el corazón limpio y abierto, con ánimo sereno. Los hombres que la rigen pueden evocar sin temor, con orgullo, en la tristeza de la fecha, el nombre del Libertador. Colombia peregrinó también con plantas dolorosas en medio de la noche, la orfandad y la duda. Pero ha restañado sus heridas. Conserva incólume el bien inapreciable de la independencia, vive en austera libertad, trabaja en orden, ha hecho verdad la democracia y carne de su carne la república. Avanza confiada y placentera. Se sienta ya sobre recios pilares de progreso, pero canta y sueña siempre como sus poetas. Es fuerte, porque es justa y magnánima. Es grande en el concierto universal, por la sinceridad de sus principios y la pureza de sus intenciones. Mira sin zozobra el porvenir.

Y fiel al espíritu de su Libertador, ama a los pueblos hermanos del Continente, se prepara a reunirlos en su seno —como en 1826— para tratar sobre las grandes cosas de la paz y de la guerra, y escribe sobre los arquitecturas y columnatas del Capitolio el viejo lema de su Cantar de Gesta: **“Que una sola sea la Patria de todos los Americanos”**.

DISCURSO DEL PROFESOR DOCTOR JORGE BEJARANO

Excelentísimo Señor Presidente de la República, Señores Ministros del Despacho; Señores Embajadores; Señor Presidente de la Sociedad Bolivariana de Colombia, señores:

El culto de los héroes y de los grandes hombres, que es tan antiguo como la humanidad, reconoce dos fundamentos esenciales: significa, primero, un natural homenaje de admiración y de gratitud hacia los espíritus superiores que ennoblecieron y mejoraron la vida humana con sus virtudes y con sus obras y significa, después, una imponderable influencia educadora al ofrecer a todos, por igual, altos modelos en que puedan inspirarse o meditar para enriquecer y dignificar su propia personalidad.

Es claro que a ninguno de nosotros nos es dado imitar la grandeza sobrenatural de esos nobles arquetipos de la especie en quienes aparecen desarrolladas y concentradas hasta lo sublime las facultades y rasgos superiores del hombre; pero las virtudes que en ellos brillaron, la idea que ellos persiguieron y por la cual lucharon, vive aún en el tiempo y en el espacio y nosotros, partes integrantes de un organismo que ellos crearon, debemos seguir sus rastros en pos de un ideal de perfección.

He aquí por qué, celebraciones como la que hoy realizamos, entrañan un sentido tan alto de la vida del pueblo que certifica con ellas, entre otras muchas cosas, igualmente confortadoras y gratas, que recuerda con veneración a sus benefactores, que aquilata su superioridad y se siente solitario en el culto del Padre de la Patria, porque comprende que, perpetuándolo de generación en generación, santifica la memoria del héroe y eleva el nivel moral de la nación.

Y hé aquí por qué, dentro de esta pleitesía que los pueblos rinden a los fundadores de su libertad y de su nacionalidad, le corresponde a un hijo de la democracia llevar la palabra en esta hora so-

lemne en que el mundo entero vuelve los ojos hacia Colombia, la Jerusalem americana donde Bolívar exhaló el último suspiro.

Máximos escritores han cantado en todas las lenguas la excelstitud del héroe legendario. Todos han delineado, etapa por etapa, esa existencia cuyo conjunto describe una parábola armoniosa, o se asemeja, si queréis, a la pirámide con que el sublime Goethe acostumbraba a simbolizar una vida perfecta. Quede, pues, la narración circunstanciada y completa de sus hechos heroicos, de sus gestas libertadoras, para el libro reposado y extenso.

Dos hechos inconmensurables rigen, a mi parecer, la vida de América: el Descubrimiento y la Independencia. El primero fué la más noble victoria del espíritu humano, la remoción más formidable de lo existente. Al tocar en tierra desconocida, la humilde carabela se trocó en catapulta del espíritu nuevo. Todo se revolucionó bajo el poder de la mágica proeza. Las ciencias naturales, el comercio, la industria, las costumbres, la navegación, la religión, tuvieron que rehacer sus credos y rectificar sus axiomas. Producir aquella revaluación de todos los valores espirituales como de los científicos, era abrir a la humanidad una ventana sobre la Libertad.

De las razas nuevas que surgieron entonces, de las verdades pasmosas que los mares en su oleaje arrastraron de Europa hacia América, surgía el hombre divinizado que de un tajo cortara los prolongamientos que en los hechos, las costumbres y la atmósfera social del continente mantenía aún la penumbrosa Edad Media.

Y el movimiento revolucionario que él dirige se desdobra entonces en dos fases que duplican su faena y que, a mi modo de ver, crecen hasta lo inverosímil la obra del gigante americano. Por una parte, es la guerra de Independencia, que es menester preparar, mantener y proseguir hasta obtener la amplia liberación del territorio. Por la otra, y esta es en mi sentir la obra ciclópea de Bolívar, la labor organizadora que sustituye al régimen colonial el de la anhelada libertad, constituyendo la Nación de acuerdo con los principios que inspiraron a la revolución y dotándola de las instituciones correspondientes. Todo esto había que realizarlo en un país inculto, pobre, sin preparación alguna para la guerra ordenada y científica y menos para la organización civil. No cabe pensar en tales circunstancias sin sentir una admiración ilimitada, tanto por los pequeños núcleos de hombres superiores que, a despecho de todos esos imposibles, realizaron plenamente la aspiración que ardía en sus corazones, como por esas multitudes abnegadas y heroicas que, guiadas por el secreto instinto de la libertad, siguieron a sus

invictos jefes, a sus hombres representantivos por los arduos e innarrables caminos que conducían a la victoria.

El triunfo de la revolución, así en lo que respecta al sacudimiento del dominio español como en lo que se refiere a la consolidación de la nueva nacionalidad, fue, pues, como en todo gran hecho histórico de esta naturaleza, el resultado de esa conjunción misteriosa y admirable de las fuerzas colectivas con la mente iniciadora y directriz que interpretaba fielmente sus oscuros anhelos y arbitraba los recursos y medios necesarios para su realización. No podríamos, sin deformar y pecar contra el concepto carlyniiano, decir o afirmar que tal obra puede llevarse quizá a cabo merced exclusivamente a la intervención providencial de un solo "héroe". Pero a la humanidad sólo le es dado rendir su homenaje de admiración y gratitud a los protagonistas de estos grandes dramas de la historia que ellos resumen, compendian y simbolizan.

Hémos aquí, pues, al frente de más de un siglo de la muerte del Libertador de América. Su grandeza y su gloria no tendrán eclipse, ni podrán aumentarse por la obra de los hombres. "Ella crecerá con el tiempo, como crecen las sombras cuando el sol declina", al decir del profético inca. Y bien está que en momentos solemnes como éste; que en esta hora que rememora la agonía del Libertador, tengamos el valor de interrogarnos, de auscultarnos por así decir, y ver si hemos cumplido nuestro destino de acuerdo con los dictados del creador de nuestra nacionalidad; si somos dignos de conservar aquella libertad que soñó él para los hombres de América.

En este siglo de nuestra existencia es indudable que hay un balance desfavorable a nuestra conducta de hombres libres. Durante él nos hemos agitado dentro de ruines pasiones, dentro de gestos desmelenados, dentro de un fatal egoísmo que nos ha llevado a servirnos de la colectividad en vez de sacrificarnos a ella. Como organismo joven que somos, nos hemos agitado dentro de movimientos convulsivos. En veces los atropellos y las disonancias no han cedido el paso a los debates serenos de una colectividad que renuncia a la audacia de forma para desarrollar mejor sus atrevimientos íntimos. Dentro de la política social como dentro de la justicia hemos conocido todos los errores. Hemos aceptado los partidos pero no los hemos explotado en un sentido nacional o de gremio. Hemos pretermitido la defensa de las clases obreras y, en ella, hay un problema nacional, porque la victoria del país está íntimamente vinculada al bienestar de las clases laboriosas. Pero a pesar

de los grandes errores precisa reconocer que en último cuarto de siglo, Colombia camina hacia el triunfo, empujada como todas las fuerzas históricas por la severidad de su destino. A pesar de todas las adversidades, yo confío en que Colombia tiene el músculo y la salud suficiente para desarrollar su organismo propio. Sólo nos bastará cordura, fraternidad y fe, porque, como lo dijo Bolívar, el pueblo que combate con fe, al fin triunfa.

Pero en mi sentir hay algo que asegura nuestra marcha cívica hacia la Libertad y hacia la Democracia. Es que en el suelo de Colombia vive aprisionado el último aliento, la postrer oración del Padre de la Patria en el altar de la Libertad.

Aquí venimos hoy, Padre de la Patria, todos los que militamos en vuestro grande ideal bolivariano, a renovar nuestra fe en los destinos de Colombia; a jurar por vuestras banderas nuestro amor a la libertad y a la Democracia y a fortalecer nuestro credo de que América será cuna y faro de la cultura humana si la asisten y tutelan vuestro genio inmortal y vuestro espíritu excelso.



Doctor JOAQUIN ESTRADA MONSALVE
Ministro de Educación Nacional.

DISCURSO DEL SR. MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL
DOCTOR JOAQUIN ESTRADA MONSALVE

Colombianos:

Al conmemorar en este día el aniversario de la muerte del Libertador, Padre de la Patria y creador de la República, quiero considerar uno de los aspectos más importantes de la vida bolivariana y quizás uno de los menos estudiados por los distinguidos biógrafos de aquel ilustre hombre: Bolívar y la educación pública.

Primero que todo, hay que recordar que en el guerrero intrépido de las grandes jornadas libertadoras había un auténtico hombre de Estado, que a medida que se iba consolidando la República se preocupaba más y más por los problemas administrativos y espirituales de su organización.

Es un error presentar al Libertador tan solo como un guerrero, como un luchador implacable, como un domador de dificultades, como un vencedor de la naturaleza. En su inteligencia prodigiosa la República nació, así en su organización jurídica fundamental proclamada en 1.819 ante el Congreso estupefacto de Angostura, como en su base espiritual, pues aquella inteligencia sobrehumana abarcaba todos los aspectos de la vida o de la nacionalidad, y sobre todos ellos marca ruta su pensamiento.

No quiero recordar detalladamente la formación espiritual del Libertador para no robar tiempo al tema de esta exposición, pero sí quiero comenzar por rectificar un error histórico. Los distintos biógrafos del Padre de la Patria han derivado su cultura de las enseñanzas de don Simón Rodríguez, y yo he juzgado que la inteligencia del Libertador fue modelada por don Andrés Bello. Realmente, aquel sabio exótico, lector cotidiano de Rousseau, gimnasta por temperamento, conformó sus músculos y estimuló el desarrollo de su sensibilidad. Sembró en el alma del niño la simiente del romanticismo, dominante por entonces en la literatura y en el pensamiento universales, y fue él quien formó, en los paseos por las haciendas de San Mateo, en las holganzas vespertinas por los

alrededores de Caracas, el músculo tenso e infatigable de aquel guerrero que con los brazos cruzados a la espalda se atravesó el Orinoco, del que desjarretaba toros en las llanuras ilímites, del que jamás se dejó rendir por la más tremendas jornadas. Pero cuando Simón Rodríguez abandonó a Caracas a fines del siglo, entró a la casa de los Bolívares don Andrés Bello, reputado ya, a pesar de su juventud, como un sabio. Bello estaba en la plena efervescencia juvenil, en el amor por los estudios clásicos, en la pasión por la historia romana y griega, y su inteligencia tendía, por vocación innata, a difundir impulsos, a comunicar sensaciones y a transmitir ideas y pensamientos. Y Bello proyectó ya en las aulas, ya en los corredores de la paterna casa, sus tendencias en aquel joven inclinandolo hacia el estudio de las humanidades.

Bolívar salió de Caracas para España con la inteligencia todavía como un cuarzo nativo, sin labrar, pero ya llevaba depositado en su talento por la mano del gran Bello el germen de las inclinaciones más serias y ordenadas del espíritu, y sus estudios en Madrid, en París, en Roma, lo mismo que sus cotidianas lecturas tan intensas, fueron desarrollando esos gérmenes iniciales hasta formar su inteligencia.

Hay en la obra de Bolívar, entre el romanticismo a brochazos de la frase, perceptible sobre todo en la hipérbole, un fondo de serenidad interior, de armonía de planos en la expresión, de equilibrada sensatez en los conceptos, que es el fruto de aquel contacto espiritual con el más grande de los clásicos americanos. Sólo así puede explicarse el lenguaje austero, ordenado, de sin par belleza del discurso al Congreso de Angostura, párrafos de la Carta de Jamaica, períodos enteros de algunas de sus más bellas proclamas. En su mismo Epistolario de campaña, desordenado como la carga de sus llaneros que se abrían en abanico contra la fortaleza enemiga, hay de pronto cierta síntesis, compendios intelectuales, frases tan admirablemente construídas que son el fruto de una consciente preocupación por las disciplinas clásicas. Después de que Bolívar aseguró la independencia de la República, entre las zozobras de las guerras civiles que despuntaban en el horizonte, concentró toda su fuerza espiritual a la organización de la República, que todavía temblaba de espanto y de infancia. En 1.826 Bolívar escribió un pliego de instrucciones a las cuales debió sujetarse la educación de su sobrino don Fernando Bolívar quien frisaba entonces en la edad de 12 años, y quien se disponía a iniciar sus estudios de enseñanza secundaria. El Libertador aprovechó esa circunstancia familiar pa-

ra definir sus conceptos y posiciones frente a la educación pública y al modo como el Estado debe orientarla. No fueron pensamientos ligeros. Por don Vicente Lecuna conocemos los borradores que elaboró previamente, en la meditación de sus ideas sobre las bases pedagógicas de la instrucción. En ese pliego de instrucciones está vivo su pensamiento sobre la función educativa del Estado, y hoy, después de un siglo de su muerte podemos encontrar en su programa un ejemplo de sabiduría, de certeza sobre el modo como debe cumplirse esta fundamental función.

Comienza el Libertador afirmando la función educativa del Estado y advirtiendo sobre ese alto deber que tienen los gobiernos de educar a las nuevas generaciones, de formar intelectual y moralmente a los maestros que han de dirigirlas y de fomentar por todos los aspectos el progreso cultural de la República. Para el Libertador la función del Estado respecto de la educación pública es fundamental, anticipándose al sociólogo contemporáneo que afirmó que en “el fondo de todo problema público, existe siempre un problema pedagógico”.

Oíd el pensamiento cabecero de su ideario relativo a la instrucción pública:

“El gobierno forma la moral de los pueblos, los encamina a la grandeza, a la posteridad y al poder. ¿Por qué? Porque teniendo a su cargo los elementos de la sociedad establece la educación pública y la dirige. La nación será sabia, virtuosa, guerrera, si los principios de su educación son sabios, virtuosos y militares. Por eso es por lo que las sociedades ilustradas han puesto siempre la educación entre las bases de sus instituciones políticas. Véase para ejemplo la República de Platón”.

Ved con qué precisión de concepto define el Libertador los deberes del Estado respecto de la educación de su juventud. Bien sabía él que los buenos institutores despejan el horizonte futuro de las naciones, moldean la sociedad, crean ciudadanos que son ornato intelectual y moral del país. Y puede de antemano educar la inteligencia de los hijos de un pueblo educándolo al funcionamiento democrático, al respeto a las leyes y a las autoridades debidamente constituídas. Para él esta era la función capital del buen gobierno. Gobernar, para su inteligencia, era educar, instruir, moralizar a las nuevas generaciones. Para ello procede a considerar los sistemas por medio de los cuales el Estado debe seleccionar el cuerpo de sus profesores y maestros para que puedan cumplir la altísima función que les ha sido encomendada.

“El Gobierno —expresa— debe proceder a elegir entre la multitud, cuando trate de escoger los maestros de su juventud, un hombre distinguido por su educación, por la pureza de sus costumbres, por la naturalidad de sus modales, jovial, accesible, generoso, franco, en fin, un hombre en quien se encuentre mucho que imitar y poco qué corregir”. De tal suerte que apenas creada la República su padre recomendó como ciencia del gobierno la escogencia de los maestros que han de educar las nuevas generaciones, atendiendo a su formación moral para que sus vidas y sus costumbres puedan ser imitadas por los educandos y no sean motivo de escándalo ante la sociedad, ni ante las propias promociones cuya formación interna se le entregó. En esto el Libertador solamente asienta un concepto universal. El mayor celo debe siempre desplegarse en la escogencia de los profesores y los maestros, no solo teniendo en cuenta su instrucción y la vastedad de sus conocimientos, sino de modo principal la formación ética de esos espíritus encargados de conformar a su imagen y semejanza a las generaciones nuevas que encarnan el futuro de la nacionalidad. Para el Libertador el maestro sin vida limpia, sin costumbres ordenadas, sin moral cristiana, antes que ser un instrumento orientador de las nuevas generaciones, constituye su mayor peligro. Según su propia expresión, es preferible la vida pulcra y cristiana en sus hábitos, a la misma amplitud de conocimientos. El maestro debe enseñar primero con su ejemplo que con su propia palabra.

Ya determinado por el Libertador el deber capital del Estado, afirma como debe el maestro examinar al niño, conocer sus inclinaciones, considerar las circunstancias dentro de las cuales se mueve, tener en cuenta la índole del país en el cual ha vivido y en el cual ha de laborar. Determinada esta circunstancia, debe tratar de desarrollar las virtudes naturales de su espíritu, sin alterar artificialmente su naturaleza, para que su cultura, su formación moral y su concepto de la vida de relación sea algo así como la imagen ampliada de sus propios sentimientos. Y una vez hecho esto, cuál es la obligación del maestro conforme a la concepción bolivariana de la pedagogía? Acaso convertir el infantil cerebro en una gaveta para archivar conocimientos sin orden, formándolo de manera caótica como esas yuxtaposiciones geológicas que a veces observamos después de los grandes cataclismos, acumular y acumular conocimientos? Nó, precisamente. El primer deber del maestro frente al alumno, es de orientarlo moralmente, velar por su conformación ética, prevenirlo contra las malas costumbres, desarrollar su espí-

ritu de tal suerte que sus actuaciones mañana en la sociedad sean garantía para el Estado en vez de constituir un peligro. Y dice el Libertador:

“El primer deber del maestro es formar el espíritu y el corazón de la juventud; he aquí la ciencia del verdadero Director. Este es su fin. Cuando su prudencia y habilidad llegan a grabar en el alma de los niños los principios cardinales de la virtud y del honor; cuando consigue de tal modo disponer su corazón por medio de ejemplos y demostraciones sencillas que le inflamen más a la vista de una divisa que con la oferta de una onza de oro, cuando los inquieta más la consideración de no acertar a merecer el premio, o con el sufrimiento de un sonrojo, que la privación de los juguetes y diversiones a que son aficionados; entonces es cuando ha puesto el fundamento sólido de la sociedad: ha clavado el aguijón que inspirando una noble audacia en los niños se sienten con fuerza para arrostrar el halago de la ociosidad, para consagrarse al trabajo”.

Según el Libertador el primer estímulo del maestro sobre el niño es despertar sus grandes sentimientos. Como él lo dice, que se inquiete más por un sonrojo que puede aparecer a sus mejillas, que por el halago de una onza de oro.

Ved si estos pensamientos son o no son las bases mismas de la formación espiritual de toda sociedad, si representan en forma clara la función capital del maestro, si definen sus obligaciones, si enrután su criterio y si están demostrando cómo aquella altísima inteligencia se preocupó en forma especial de las bases educativas del futuro de su pueblo.

Otro pensamiento del Libertador sobre la función del maestro explica cómo el arquitecto de la juventud debe desarrollar por igual el raciocinio y la memoria del educando. Es un sutil pensamiento del Libertador, cuyo texto exacto es el siguiente:

“La memoria demasiado pronta, siempre es una facultad brillante; pero redundante en detrimento de la comprensión; así es que al niño que demuestra demasiada facilidad para retener sus lecciones de memoria, deberá enseñársele aquellas cosas que lo obliguen a meditar, como resolver problemas y poner ecuaciones: viceversa, a los lentos de retentiva, deberá enseñárseles a aprender de memoria y a recitar las composiciones escogidas de los grandes poetas; tanto la memoria como el cálculo, están sujetos a fortalecerse por el ejercicio.”

Quería el Libertador no solamente fomentar las facultades ne-

motécnicas del alumno sino en forma capital, amaestrar su raciocinio, su sentido de la consecuencia, su lógica en el concepto con el fin de no formar el erudito, el archivador de ideas y de frases, sino los espíritus alertas sobre sí mismos, que organizan lógicamente la expresión y el concepto, con raciocinio propio, sin la erudición a ultravioleta que es tan usual en nuestros días. En otros pensamientos que no leo, afirma que es base de la educación el estudio de las matemáticas. Insinúa el estudio del latín, de ciertas asignaturas que de suyo, por su propia virtud, disciplinan la inteligencia y le infunden sentido de consecuencia y de lógica. ¿Para qué? Para orientar al magisterio de entonces, demasiado preocupado por la simple recitación nemotécnica, por la acumulación de conceptos, por el simple ejercicio de la memoria, hacia el estímulo del raciocinio y el sentido lógico.

Otro de los aspectos del pensamiento pedagógico de Bolívar consiste en la recomendación reiterada que hacía para que no solamente se procure la formación moral del alumno, su educación de orden intelectual, la amplitud de los conocimientos, sino la creación del verdadero caballero y del auténtico ciudadano.

Nada ganan la sociedad ni el Estado con la inteligencia llena de conceptos de un educando si sus procederés no son correctos y antes que garantía social constituyen un peligro común. El gentleman inglés, el caballero castellano, deben ser buscados afanosamente en el alma del niño por su profesor y su maestro, para enriquecer los cuadros de la sociedad con buenos ciudadanos, con gentes correctas, con hombres de bien.

Decía el Libertador en uno de sus pensamientos más preciosos:

“El maestro debe preocuparse también por esto: la enseñanza de las buenas costumbres o hábitos sociales es tan esencial como la instrucción. Por eso debe tenerse especial cuidado en que aprenda en las cartas de los grandes maestros ingleses los principios y modales de un buen caballero. La moral en máximas religiosas y en la práctica conservadora de la salud y de la vida, es una enseñanza que ningún maestro puede descuidar sin faltar a sus más elementales deberes”.

El pensamiento de Bolívar sobre la instrucción pública no sólo abarca la formación moral del alumno para prevenirlo contra el vicio y contra el descarrío, la instrucción para armar su espíritu, sino también el acentuamiento de aquellas características o virtudes sociales que son necesarias para vivir en comunidad.

El, que tenía detrás de sí toda una genealogía de caballeros

aristócratas, el peso de tradiciones castellanas levantado en una familia de buenos modales, rica y prestante, quería que cada colombiano, a más de un hombre puro e instruído, fuera un caballero perfecto.

Y aquí recuerdo la frase de Valencia alguna vez cuando en la Universidad de Popayán, después de las misas dominicales nos dictaba conferencias sobre instrucción cívica y un día terminó una de sus grandes disertaciones con esta frase: No olvidéis que el buen caballero nos da la misma impresión gratísima al espíritu que un santo.

No sólo quería dar bases para la vida del aula, para la cátedra, para la formación intelectual y ética de los educandos, sino también que se preocupó por su formación física. Sabía él que el alumno que vive entre el recinto de la cátedra, entregado a los libros, puede formarse un ser endeble y la propia inteligencia más tarde quizás puede pagar las consecuencias de aquella vida aislada y pasiva. Entre los postulados suyos en forma muy especial y pormenorizada escribió este:

“Los juegos y recreaciones son también necesarios a los niños, como el alimento. Su estado físico y moral así lo requiere. Pero estos desahogos se han de encaminar a algún fin útil y honesto. La discreción del Director los determinará y presidirá si es posible. Como útiles y honestos son conocidos la pelota, la raqueta, el bolo, la cometa, el globo y otros juegos similares”.

Veía el Libertador en forma clara como debe atender el maestro no solo al desarrollo moral e intelectual, sino también al propio desarrollo físico de los educandos. Fija su concepto en el sentido de que esos juegos, recreos y disciplinas físicas deben ser orientados con fin útil y honesto para que detrás del deporte no vaya a perjudicarse el camino ya andado por el educando en la cuestión moral y en las buenas costumbres. Hay que ver la manera como el Libertador mide sus pensamientos, adecúa sus frases, limita sus propias insinuaciones tendiendo siempre a su objetivo de formar seres útiles para la sociedad, a la vez por su integridad moral y por el orden interno de su propia ilustración.

Ningún aspecto de la educación pública quedaba inédito para el Libertador. Y aquí vemos cómo insinuaba e insistía sobre la higiene escolar y sobre la vigilancia que deben tener los directores de las escuelas sobre este aspecto de nuestra vida. Oíd al Padre de la Patria:

“La primera máxima que ha de inculcarse a los niños es la del

aseo. Si se examina bien la trascendencia que tiene en la sociedad la observancia de este principio, se convencerá de su importancia. No hay vista más agradable que la de una persona que lleva la dentadura, las manos, el rostro y el vestido limpios. Si a esta cualidad se juntan unos modales finos, y naturales en el niño, he aquí los precursores que marchando delante de nosotros, nos preparan una acogida favorable en el ánimo de las gentes. Será pues la primera diligencia del Director de la escuela hacer todos los días una revista higiénica para examinar todo lo que haya de advertir y corregir sobre este particular. Un premio o distintivo establecido para condecorar esta virtud, será un estímulo suficiente para practicarla con emulación.”

Pero hay que vigilar, agrega el Libertador, la higiene de las escuelas del Estado. Leo este pensamiento sobre todo para llevar al ánimo de quienes me escuchan la forma a la vez tan amplia en la teoría, tan segura en el conocimiento de la intimidad humana y tan pormenorizada y fina en la captación de los matices y detalles, que tenía el Libertador de los problemas pedagógicos.

Pero una cosa que especialmente me ha llamado la atención en el pensamiento de Bolívar sobre la instrucción pública es esta, a la cual voy a referirme.

Desde la creación de la República, Colombia ha tenido una educación demasiado abstracta, por así decirlo. Tal vez excesivamente intelectualizada. Hemos formado en exceso profesionales pero hemos descuidado ciertas orientaciones pedagógicas modernas que dotan al joven para la defensa positiva de la vida. Y oíd este pensamiento del Libertador advirtiéndonos desde 1826 cómo debemos complementar la enseñanza intelectual con la enseñanza práctica o constructiva.

“Siendo muy difícil, dice, apreciar dónde termina el arte y principia la ciencia la ciencia, si su inclinación lo decide a aprender algún arte u oficio yo lo celebrarí, pues abundan entre nosotros médicos y abogados, pero nos faltan buenos mecánicos y agricultores que son los que el país necesita para adelantar en prosperidad y bienestar”.

En el ciclo económico que de algunos años para acá se ha abierto en nuestra República, en el avance moderno del mundo hacia las cuestiones creadoras y técnicas, van surgiendo necesidades talvz antes imprevistas y que es preciso afanarnos por conjugar. Y hoy una de las grandes necesidades de Colombia, precisamente teniendo en cuenta los programas constructivos de orientación cre-

adora enunciados por el Excelentísimo señor doctor Mariano Ospina Pérez que quiere aumentar la producción nacional, fomentar la agricultura, fortalecer los instrumentos de creación económica del país, es la formación de mecánicos, de agricultores, una orientación complementaria hacia la técnica. Allí acaba de pasar en el Congreso, presentado por el actual Gobierno, —a mí apenas me tocó estimularlo en el último curso de su travesía parlamentaria— el proyecto de ley destinado a la creación de escuelas de artes y oficios en todo el país.

Ahí están las escuelas vocacionales, la enseñanza industrial, la instrucción agrícola, y ahora viene la escuela de artes y oficios para procurar que los hijos de nuestras clases trabajadoras sean secundados por el Estado en el sentido de armarlos para su futura lucha con la vida. Y esta nueva orientación de la instrucción pública colombiana estaba prevista desde 1826 por el Libertador. Necesitamos médicos, abogados, profesionales en general, pero también necesitamos mecánicos, agricultores, técnicos, porque es preciso anticiparnos a las urgencias creadas de nuestro desarrollo industrial y económico.

Una de las recomendaciones que con más insistencia hacía el Libertador a los maestros consiste en el método como ellos deben estimular y restringir la conducta de sus alumnos.

“Son preferibles — dice — a los castigos físicos los premios y castigos morales. Ellos deben ser el estímulo de racionales terneros; el rigor y el azote, es de las bestias. Este sistema produce la elevación del espíritu, nobleza y dignidad en los sentimientos, decencia en las acciones y contribuye en grande manera a formar la moral del hombre, creando en su interior este tesoro inestimable por el cual es justo, generoso, humano, dócil, moderado, en una palabra por el cual logra ser más tarde hombre de bien”.

A grandes rasgos, dentro de las limitaciones de la hora, no en discurso sino en simple disertación, sencilla y familiar, dirigida especialmente al personal de todo el país dedicado a la educación pública, y a los alumnos de todas las escuelas, en parte hoy en vacaciones, dejo así más o menos esbozada la orientación pedagógica del pensamiento bolivariano. Ella prueba que el Padre de la República a más de guerrero, de administrador simpar, de voluntad creadora, fue un espíritu preocupado intensamente por los problemas de la educación pública. Y en el compendio de sus admirables pensamientos, en las instrucciones para la educación de su sobrino Fernando Bolívar y en el borrador que antecedió a ese documen-

to, nos dejó en síntesis las orientaciones de la formación intelectual, espiritual, física, ética y cívica de las generaciones nuevas de Colombia.

Seguir sus pensamientos, tomar esos pequeños comprimidos intelectuales para ensancharlos con las sugerencias que cada espíritu y cada inteligencia logran hacer despertar frente a su estímulo es una de las grandes necesidades colombianas.

Bolívar nos entregó también las bases de la creación intelectual y moral de nuestro pueblo, el punto de referencia del buen pedagogo, la advertencia sobre las malas costumbres, sobre la necesidad de conformar primero ética que intelectualmente a los servidores del Estado, a quienes se les confía la formación de las nuevas generaciones. Si en algo soy bolivariano es en la educación pública, en la necesidad de seguir sus pensamientos, y si algo necesita Colombia, es continuar la tarea secular de perfeccionar la infancia en tal orden que el Estado pueda prevenir y asegurar que en el día de mañana sus ciudadanos serán siempre modelos de honradez, de pucritud, de desinterés por la patria, de rectos hábitos y de amor por nuestras más puras y sagradas tradiciones.

Termina el Libertador sus apuntamientos pedagógicos presentando a la patria frente al maestro, así como los inicia presentando al maestro frente al Estado y al alumno frente al maestro. Concluye expresando cuáles son los deberes de la nación con el buen maestro y con el buen institutor, cómo debe premiarlo, en qué forma debe estar presente en su hora de desgracia, en su ancianidad o en su invalidez, para retribuir los esfuerzos que ese institutor hiciera antes en la formación de su juventud. Dice:

“El director de una escuela, es decir, el hombre generoso y amante de la patria, que sacrificando su reposo y su libertad se consagra al penoso ejercicio de crearle ciudadanos al Estado, ciudadanos que le defiendan, le ilustren, le santifiquen, le embellezcan y le engendren otros tan dignos como él, es, sin duda, benemérito a la patria y uno de sus más altos orgullos. El buen institutor merece la veneración del pueblo y el aprecio y el apoyo del gobierno. Esto debe alentarle al buen institutor y la patria debe concederle siempre distinciones honrosas”. De acuerdo con Bolívar en la totalidad de su pensamiento, Colombia aspira a que su magisterio sea siempre como lo ha sido, modelo de abnegación, de moral personal e íntima, de fidelidad constante en el cumplimiento de sus deberes, de cuidado educativo para que las generaciones vayan formándose de tal manera que la patria esté segura de que en su porvenir esta-

rá habitada, sostenida y defendida por ciudadanos ejemplares, lo mismo por su virtud que por su ilustración.

El magisterio colombiano que ha sido y es modelo de esas virtudes interiores, que según Bolívar conforman al verdadero institutor, no está de por demás que ahinque su juicio y su atención sobre estos programas educativos del Padre de la Patria, y verá como sus pensamientos coinciden con aquellos dictados admirables del creador de la República. Y como afirma el Libertador que nada puede ser motivo de tanto orgullo para la patria como el buen maestro, saber que el buen institutor ha modelado su infancia, su adolescencia y su juventud, que la ha dotado de rectos ciudadanos, ella debe estar agradecida de su cuerpo de institutores, y todo es poco para recompensarles en el mañana los abnegados servicios en el cumplimiento de su misión. El porvenir moral y mental de la patria reposa en sus institutores. Ellos son responsables de la historia que se va creando.



Excmo. Señor Embajador del Perú
Doctor GONZALO N. de ARAMBURU

DISCURSO DEL EXCMO. SEÑOR EMBAJADOR DEL PERU

Mucho agradezco la honrosa invitación que me permite traer esta noche el mensaje del pueblo y Gobierno del Perú, que se asocian a los de Colombia y a los de las Repúblicas hermanas liberadas por Bolívar, para rendir al grande Héroe el más ferviente homenaje en este día aniversario de su muerte.

Coronando con sus brillantes campañas en el Perú la libertad definitiva de mi Patria y poniendo fin, en consecuencia, al dominio español en Sud América, conquistó Bolívar en ese momento el apogeo de sus glorias militares y políticas.

El sentimiento de admiración que la presencia del Libertador despertó en el Perú, se muestra bien en la conocida frase de un peruano, quien, al recibirlo en la histórica Capital Incaica le dijo: "Vuestra gloria crecerá con los siglos, como crece la sombra cuando el Sol declina". Palabras grabadas en el Monumento de Boyacá, que se hacen realidad cada día con mayor fuerza, por la admiración que no sólo América sino el mundo entero profesa a Simón Bolívar, Caballero de la Libertad.

La mentalidad prodigiosa del Libertador, continúa marcando el rumbo que deben seguir nuestros países en la paz, el orden, la justicia y la solidaridad del Continente, por lo que invocamos, en esta solemne fecha, la guía de su Genio.



Excmo. Señor Embajador de Venezuela
Doctor MARIANO PICON SALAS

DISCURSO DEL EXCMO. SR. EMBAJADOR DE VENEZUELA

La frase de Martí "Bolívar tiene que hacer en América todavía" señala la diferencia entre lo que puede ser culto idolátrico y un tanto muerto de los héroes y la parte de destino y ardiente contemporaneidad que encontramos en nuestro hombre máximo, aquel que nos dió nombre e historia y fué a la vez Padre e hijo desgarrado de las entrañas de América. Cada generación, cada grupo de hombres que se enfrenta con el problema de nuestras patrias necesita hacer el redescubrimiento de Bolívar; buscar su Bolívar, aprenderlo y asimilarlo, porque constituye el misterio genial del héroe ser a la vez pensamiento y acción; echar a andar nuevas ideas y utopías con el mismo ímpetu de sus corceles llaneros o extraerlas de la lava encendida de la realidad. ¿Qué no dijo Bolívar, qué no nos enseñó Bolívar? Así el parece —como en esa pensativa estatua de Tenerani que cubren de melancólica ceniza los crepúsculos bogotanos, melancólica como el tiempo, como la eternidad— así él parece dirigir y vigilar la marcha de nuestros pueblos hacia más alto destino de cultura y de justicia. Formado de América, del terrón de estas montañas ciclópeas, jinete de inmensidades, la cabalgata de Bolívar no terminó en el alto Perú, ni se aplacó, siquiera, en aquella jornada de regreso hacia la muerte, en su final estación de Santa Marta mientras entraban a su alcoba de enfermo el perfume de los tamarindos y el rumor del mar, más fieles que la ingratitud de los hombres. El Libertador sigue marchando hacia el Futuro. Y me atrevería a decir que a las gentes de hoy nos importa más su "futuridad" que el brillante periplo de gloria que cubrió su pretérito. Los sueños del Libertador, lo que él proyectó pero que no vio realizado, su permanente siembra de desvelo constituyen el legado de América, aquello con que marchamos por sobre toda prueba o toda crisis a nuestra no satisfecha ambición de Historia. En mi Venezuela natal, las gentes de ahora le admiran y le quieren así. Y no nos

enclaustramos los venezolanos en estrecho nacionalismo, porque el nombre y la profecía de Bolívar nos vincula a América, porque Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Panamá, salieron también de la misma entraña creadora y se recogen y reúnen para recibir —como Venezuela— la gran protección del Padre. ¿Es que hay acaso en la Historia Universal otro nombre como el suyo, tan cargado de vaticinios, tan henchido de Tiempo?



Excmo. Señor Embajador de Panamá
Doctor ROBERTO JIMENEZ

DISCURSO DEL EXCMO. SEÑOR EMBAJADOR DE PANAMA

Ciento diecisiete años nos separan de aquel infausto 17 de diciembre en que la vida multifacética del Libertador se extinguió para siempre del mundo material para que su espíritu se remontase a la cima de la gloria y presidiese desde allí, durante el transcurso de los tiempos, los altos destinos que ya él vislumbraba de las naciones nacidas por la obra de su fulgurante espada y de su genio no menos fulgurante.

Ha llegado a pensarse que Bolívar se adelantó a su época y que su aparición sobre la faz de América fue un acontecimiento prematuro porque no estaban aún maduros nuestros pueblos para la libertad que él les diera. El mismo héroe, hacia el final de su estelar carrera, llegó a dudar de la eficacia de su ciclópea obra, y pensó por un momento que había arado en el mar.

Pero el desarrollo de la historia está demostrando lo contrario. Las vicisitudes, las disenciones y las profundas conmociones que durante este lapso se han sucedido en la vida pública americana, han sido fenómenos tan necesarios para la formación de nuestras nacionalidades como es necesario el fuego para la forja y el temple del recio acero.

Las naciones de América, que surgieron a la vida al conjuro de su espada como al toque de la vara de Moisés brotara el torrente de la roca, no encuentran hoy camino más seguro hacia la realización de su destino que las admoniciones, los consejos y las prácticas del Libertador, que invariablemente clamaban por la solidaridad del Continente.

Terminó brillantemente la obra del militar, pero no ha de tener fin la del visionario estadista que en el Congreso de Panamá echara las bases de la vida internacional americana. Y así hubo de comprenderlo el Padre de la Libertad cuando, al convocar a los demás Gobiernos del Continente para la histórica reunión, expresaba estos proféticos conceptos:

“El día en que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo. En ellos encontrará el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?”

Bolívar habrá de continuar siendo eternamente la inspiración y la guía de los hombres de este continente. En esta fecha en que conmemoramos el final de sus sacrificios por sus altos ideales, renovemos nuestra fe en su obra y resolvamos continuar transitando por la senda que él nos trazara.



*Honorable Señor **EDUARDO LARREA,**
Encargado de Negocios del Ecuador*

DISCURSO DEL ENCARGADO DE NEGOCIOS DEL ECUADOR

Resulta superfluo el que yo pueda hablar de las Glorias de Bolívar. Faltan las palabras, y los conceptos más precisos se tornan pobres cuando se mira el espectáculo de la grandeza real de su obra y de su nombre. Figura ecuménica, está inspirando en estos precarios tiempos de duda y desaliento, la magnificencia de la unión de los pueblos americanos; está dando desde la Eternidad lección y ejemplo de paz y convivencia internacional y su nombre se extiende ya por el orbe todo, con claridades de vidente, con contornos inigualados de héroe máximo; de fundador de naciones, de estadista incomparable, de conductor y legislador de pueblos, y, sobre todo, de prócer de la Libertad y de la Justicia.

Al conmemorar hoy el centésimo décimo séptimo aniversario de la muerte del Libertador Simón Bolívar, hay algo más que las palabras y hay un estímulo más grande que me mueven para rendir homenaje a su memoria inmortal: la voz de todo el pueblo del Ecuador, al cual ahora represento, y el corazón unánime de los ecuatorianos. El Ecuador conserva con el más alto orgullo el procerato de la lealtad al libertador, concedido con justicia por Venezuela, cuna del Padre de nuestras Patrias. Y ese procerato de lealtad, que no es sino la interpretación más justa de la fe, de la devoción y del amor del pueblo ecuatoriano a Bolívar, constituye la razón y el estímulo para que levante mi voz en este instante y pueda ensalzar su nombre y su memoria.

Rindo, pues, en nombre del Gobierno y del pueblo del Ecuador el homenaje de cálida admiración y de profunda e imperecedera lealtad a la Memoria del Padre de la Patria, el Libertador Simón Bolívar. Que sus palabras y su ejemplo sirvan a todos los pueblos de América como la bíblica enseñanza; que el sendero que trazara su inescrutable visión de estadista y su luminosa mirada de vidente, sea el camino para la unión de nuestros países en su línea cre-

ciente de progreso; que sepamos sus hijos rectificar el pesimismo de sus últimos desconsuelos, haciendo ver al mundo que Bolívar no aró en el mar, sino que sembró en tierra fértil su semilla de aliento y de esperanza; que se ha consolidado la unión de los americanos y que en esta hora de zozobras, cuando el mundo parece que ha perdido la ruta de su destino humano, se levante la voz bolivariana y con su fulgor de convencimiento de la verdad y de la justicia, de la unión y de la paz, sea el estandarte que ha de guiarnos en la lucha para que el mundo reencuentre su camino. Bolívar, el más inmortal entre los inmortales, vuestra gloria es gloria de América y gloria de vuestros hijos del Ecuador.

RESOLUCION DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL
EN CUMPLIMIENTO DEL DECRETO PRESIDENCIAL
RESOLUCION NUMERO 2.182 DE 1947
(Diciembre 17)

por la cual se da cumplimiento al artículo 3º del Decreto 3.928 de 1947

El Ministro de Educación Nacional,

en uso de sus atribuciones legales, y

CONSIDERANDO:

Que el poder ejecutivo por decreto de 10 de diciembre del corriente año, dispuso colocar el retrato del Libertador Simón Bolívar en todos los establecimientos oficiales,

RESUELVE:

Artículo 1º—El Ministro de Educación Nacional procederá a suministrar a todos los establecimientos de educación y oficinas públicas retratos y medallones del Libertador Simón Bolívar, de acuerdo con especificaciones que oportunamente se acordarán.

Artículo 2º—Estos retratos y medallones serán colocados en sitio de honor de cada aula y de cada oficina pública.

Artículo 3º—Establécese un premio mayor en todos los establecimientos oficiales de educación, para ser entregado en la sesión solemne final, al mejor estudiante y un segundo premio para el mejor alumno de cada curso por su esfuerzo óptimo. Estos premios consistirán en medalla de plata el primero y de bronce el segundo, con la siguiente inscripción: "La gloria está en ser grande y en ser útil". BOLIVAR.

Comuníquese.

Dada en Bogotá, a 17 de diciembre de 1947.

El Ministro de Educación Nacional,

JOAQUIN ESTRADA MONSALVE

El Secretario General Encargado,

Lisandro Medrano

CONFERENCIA DEL DOCTOR DANIEL HENAO HENAO

Hemos creído en estos días, en que el Gobierno y el pueblo colombiano celebra con recogimiento el aniversario de la muerte del Libertador, no sería contraindicado dar una hojeadá sobre esa admirable concepción suya sobre problemas de la paz y de la organización internacional.

Quizás en ningún documento mejor que en su carta de Jamaica, que es el sumum de su pensamiento político, pueden encontrarse sus concepciones sobre la marcha del mundo, ya que la casi totalidad de esa que un autor llamó la Carta de las Profecías recibió realización por su autor, o confirmación con los tiempos.

Es admirable encontrar ya en las ideas de Bolívar el principio de las concepciones sobre organización mundial, sociedad de naciones, organismos internacionales todos que hoy empiezan a tener realización. Fue precursor de la Sociedad de Naciones y se anticipó a las realizaciones más avanzadas por las cuales hoy se lucha aún o se acaban apenas de lograr.

Cuando en 1815 escribió el Libertador su célebre Carta, Europa estaba en plena conmoción por la derrota definitiva de Napoleón, y el Congreso de Viena organizaba para dicho Continente una Era nueva. Los principios que salieron de tal Congreso y de sus tratados, no hicieron sino cambiar el Eje de la dominación europea de uno a varios Grandes Estados y el Directorio Europeo, y la Santa Alianza que de allí salieron no eran sino la ampliación de la dictadura napoleónica sobre Europa con cambio de personajes y ampliación de los países rectores.

Era en estos mismos instantes cuando Bolívar escribía:

“... Un Estado demasiado extenso en sí mismo o por sus dependencias, al cabo viene en decadencia y convierte su forma libre en otra tiránica; relaja los principios que deben conservarla y ocurre por último al despotismo.

El distintivo de las pequeñas Repúblicas es la permanencia; el de las grandes siempre se inclina al imperio....”.

Cuán admirable realización tienen estas palabras vistas por el reflector de la historia y la distancia y perspectiva de los años. Del régimen napoleónico Europa pasó al Bismarckiano, al del Kaiser, al Hitleriano, al Staliniano de hoy, y la historia nos dice con las palabras mismas del Padre Libertador, que

“Casi todas las pequeñas naciones han tenido duración; de las grandes sólo Roma se mantuvo algunos siglos, pero fue porque era República la Capital y no lo era el resto de sus dominios, que se gobernaban por leyes e instituciones diferentes”.

Igual cosa podríamos decir de imperios como el Británico que aún subsisten por su admirable formación democrática en la capital y en los dominios, pero a cuyo régimen colonial le está tocando una campanada el nuevo surgir de los pueblos y su aspiración a la independencia.

Si de esta admirable profecía pasamos al campo de la organización del Mundo, Bolívar, en el admirable plan que se forjaba ya en su exilio de Jamaica, preveía su organización completa. El, que había conocido y estudiado la Europa dividida, víctima de la pugna de intereses de caudillos, aspiraba a una organización internacional a base federalista que tuviese por núcleo a América. La realizó en parte, teniendo como primer ejemplo celular, la Gran Colombia, y en la Gran Colombia esa Nueva Granada que para él era "el Corazón de América". La planeó en más amplia escala, con la convocatoria en Panamá del Congreso de 1826 que debía reunir a todos los países del Continente, sobre el cual él en la Carta de las Profecías hace un estudio sociológico, tan pormenorizado y completo, que serviría como uno de esos hitos que pueden fijar la historia, en una fecha. Cuando el Congreso de Panamá, amputado de la universalidad americana que el Libertador deseó, pudo sin embargo reunirse, firmó EL TRATADO DE UNION, LIGA Y CONFEDERACION. Las instrucciones por Bolívar impartidas a sus Plenipotenciarios, que habían de preparar el ambiente para la reunión, son un modelo que puede aún servir para la ideal organización del mundo. Veámoslas:

"Nada, en el momento actual, interesa de tal manera a Colombia como la formación de una Liga verdaderamente americana. Una tal Confederación no debe simplemente fundarse sobre el principio de una alianza ofensiva o defensiva ordinaria; debe ser mucho más estrecha que aquella que se fundó en Europa recientemente contra la libertad de los pueblos (se refería a la Santa Alianza). Es necesario que la nuestra sea una verdadera sociedad de naciones hermanas, que bien que separadas por el momento en el ejercicio de su soberanía, por el encadenamiento de acontecimientos humanos, estén sin embargo unidas y dispongan de una fuerza suficiente para resistir a las agresiones de la Potencia Extranjera".

Pero la idea de Bolívar no se limitaba a reunir este Congreso para que él fuera una demostración de amistad y de unión. El preveía aún que de allí saliese "un cuerpo anfictiónico o asamblea de plenipotenciarios encargado de dar impulso a los intereses comunes de los Estados Americanos, y (cuestión de suma importancia que hace ver que Bolívar ya preveía los métodos de arreglo de las diferencias) "de arreglar las discordias que puedan surgir en el porvenir entre esos pueblos, cuyas costumbres y hábitos son los mismos, pero que por falta de una institución tan benéfica, podrían verse arrastrados a guerras como éstas que han desolado a países menos afortunados".

El Congreso mismo, según sus instrucciones y sus proyectos, podría ser "un consejero para los estados en caso de conflicto, servirles de vínculo en los peligros comunes, y de árbitro conciliador en caso en que las diferencias se elevasen entre ellos".

La conciliación, el arbitraje, la fuerza al servicio del derecho, todos estos medios en el camino de la seguridad colectiva que la humanidad está forjando a través de experiencias, progresando de Ginebra a San Francisco difícil y tardíamente, Bolívar los había ideado ya para la organización americana en 1815 en Jamaica como ideal, en 1826 en Panamá con un principio de realización concreta.

En tal camino la Gran Colombia firmó tratados con Méjico, el Perú, Chile, Argentina, la América Central que entonces constituía como Bolívar lo deseaba ya en Jamaica, y como lo desean hoy sus pueblos, un estado Federativo, tratados según los cuales los signatarios se comprometían a

"Hacer uso de sus buenos oficios para llevar a otros Estados de la América Española a adherir a la unión concluída entre las ALTAS PARTES CONTRATANTES".

Y aquí está marcado uno de los aspectos más admirables del pensamiento de Bolívar, su tendencia a la universalidad en la organización de la Paz, pasando por el obligado pelotazo del panamericanismo. El, en los tiempos en que todas las UNIONES FEDERALES EUROPEAS, la holandobelga, la de los países germanos, aún la Suiza, estaban en peligro de terminación o de crisis, logró hacer una Unión Federal en América, la Gran Colombia. El, que quería hacer de los países centro-americanos una Federación que como vimos se hizo y tal vez se reharía. El, que esperaba a hacer de América toda una gran Nación:

“Es una gran idea, decía en Jamaica, formar de todo el Nuevo Mundo una sola Nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo”.

El aspiraba a formar este conjunto armónico, no para aislarlo de la marcha del mundo, para vivir en bloque cerrado, sino para mejor conectarlo con los otros continentes.

El aspiraba a que ese Istmo de Panamá “un día fuese para nosotros lo que fue el Corinto para los Griegos” —centro de unión— y fuera igualmente un día la Sede de un Gran Congreso de las representaciones de todas las Repúblicas, reinos e imperios, en el cual pudieran tratarse y discutirse los altos intereses de la Paz y de la guerra con las naciones de otras partes del mundo. Esa especie de Corporación podría tener lugar, agregaba, en alguna época dichosa de nuestra regeneración...”.

Todavía esperamos esa dichosa época, pero quizás ella no esté tan lejana. Panamá fue ya un día centro de un Congreso más modesto que el que Bolívar planeaba en Jamaica y realizó en 1826; de la Asamblea Panamericana que en 1939 decidió sobre la neutralidad del Continente ante la primera etapa de la guerra, y dictó medidas para atender a ella. Allí está hoy decretada la Universidad Panamericana en vía de realización. Y nosotros nos contamos entre quienes el día en que se decidió arrancar de Europa la Sede de la Nueva Organización Mundial, la ONU, nos declaramos enemigos de que ella se instalara en un gran país, y aspiramos a que escogiera este Istmo, “punto céntrico entre los extremos de este vasto Continente”, como lo llamaba Bolívar, que aspiraba a que él fuese eje de un solo Gobierno Americano y la sede de él.

Qué generoso y qué noble este pensamiento de Bolívar. Panamericanismo, América para los americanos, sí, pero como un escalón para que América sea para el mundo. Y América, sede de instituciones mundiales, eje de la política, centro de los movimientos y de los organismos, aun de los organismos mundiales. No debe perderse de vista que Bolívar venía pensando en la reunión de este Gran Congreso americano, desde 1822. Cuando dirigió la circular de convocación a los países americanos, lo hizo desde Lima en 1824. Su primitiva invitación iba dirigida a Méjico, el Perú, Chile y la Argentina. Muy bien situada estaba Lima, un poco más austral, para poder enviar desde allí una invitación, y Bolívar decía en su nota muy claramente la importancia que él atribuía a tal Congreso:

“El día en que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América como una época inmortal. Cuando después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pasos que consolidaron su destino, registrarán con respeto los Protocolos del Istmo. En él encontrarán el plan de nuestras primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el Universo”.

El Congreso no fue en su realización tan ecuménico como Bolívar lo había deseado. Los Estados Unidos de América, a quienes Santander había invitado, resuelven —su Cámara de

Representantes— “que el Gobierno de los Estados Unidos de América no debería estar representado en Panamá sino con carácter diplomático y que dichos Estados no tienen que formar alianza ofensiva o que negociar acerca de tal alianza con todas o algunas de las Repúblicas Americanas”. Bolívar en principio no había querido invitarlos, para evitarse dificultades con Inglaterra, pero accedió ante la insistencia de Santander. Uno de los delegados nombrados por la Gran Potencia muere en el viaje, el otro llega tarde. El Brasil designa sus delegados tardíamente y no alcanzan a llegar. Chile no los envía. En cuanto a Buenos Aires, la historia es más larga de contar.

Cuando Bolívar planea la convocatoria de esa magna Asamblea que debía fijar una fecha en el mundo, Rivadavia, que gobernaba en la Argentina, contraponiéndose a dicha Asamblea de Estados Hispanoamericanos, sirve de emisario a la iniciativa de Lisboa de reunir un Congreso que comprenda a España, Portugal, Grecia, los Estados Unidos, México, Colombia, Haití, Buenos Aires y Perú. Bolívar comprende que se trata de hacer un juego a Inglaterra por mano portuguesa y en carta a Montiel dice sobre esta idea:

“Decir mi opinión sobre este proyecto es obra magna como dicen. A primera vista, y en los primeros tiempos, presenta ventajas; pero después en el abismo del futuro y en la luz de las tinieblas se dejan descubrir algunos espectros espantosos. Me explicaré un poco: tendremos en el día la paz y la independencia y algunas garantías sociales y de política interna; estos bienes costarán una parte de la independencia nacional, algunos sacrificios pecuniarios y algunas mortificaciones nacionales. Luego que Inglaterra se ponga a la cabeza de esta Liga, seremos sus humildes servidores, porque formado una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil. Todo bien considerado, tendremos tutores en la juventud, amos en la madurez y en la vejez seremos libertos”.

Colombia envía como delegados a Panamá a don Pedro Gual y al General Briceño Méndez con carácter de plenipotenciarios.

Al lado de Colombia estuvieron sólo allí presentes Guatemala y México, por América.

El Congreso se clausura con la firma del Tratado de Unión, Liga y Confederación. Los resultados prácticos son escasos, y la participación americana reducida. Pero como en la vida y para la historia, muchas veces cuenta menos el número que la proyección de las iniciativas, de ese escueto panorama de participantes, y esas contadas resoluciones firmadas en el Templo de San Francisco de la ciudad de Panamá, salió la semilla para un Panamericanismo que tendrá que esperar aún cerca de un siglo para ver encarnar la idea de Bolívar, pero que hoy lozano, maduro y pujante, con instituciones internacionales en todos los ramos: Unión Panamericana, Organismos de cooperación Intelectual, de Trabajo, de Sanidad, Conferencias Periódicas, reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores, etc., es una viviente realización de las ideas del Libertador.

Igual cosa podemos decir de los métodos de arreglo que Bolívar ideaba ya: mediación y consulta que llegaban hasta el arbitraje y que hoy son carne y savia del derecho americano.

Pero hay algo más. En Panamá estuvieron presentes por Europa y en su representación Inglaterra y Holanda, que se había opuesto a la reunión convocada por Portugal y auspiciada por la Argentina, porque ella no era de origen americano, quiso probar que su regionalismo no era sino un paso hacia la universalidad y accedió a que se invitasen estos dos países.

No creo que sea imprudente insistir en esa concatenación en el pensamiento del Liber-

tador del Federalismo para el Mundo a base de unidad para Colombia. Esto que a simple vista parece una paradoja tiene su explicación en derecho y en conciencia. Bolívar, que bien conocía los desastres de los ensayos federalistas en la Nueva Granada, que costaron a ésta su primera independencia a manos de la Pacificación española y de su sangriento soldado Morillo, se empenó en una lucha por hacer de esa patria rota, un haz. Logró imponer en el interior la unidad. Pero pasando de ella, no quiso hacer de nuestra República, una separada porción del planeta, sino que logró a un tiempo federarla al Ecuador y a Venezuela en esa admirable realización suya que fue la Gran Colombia. A Sucre escribe:

“La intención de ese pacto debe ser la de la más perfecta unidad posible. El Gobierno de los Estados particulares que dará al presidente y vicepresidente con sus Cámaras, con todo lo relativo a la religión, justicia, administración civil, económica, y, en fin, todo lo que no sea relaciones exteriores”.

“Todos recibirán esta Constitución, agréga, como el arca de la alianza y como la transacción de Europa con América”.

De esta Federación, que Bolívar aspiraba a que fuese una de las tres americanas —la otra situada en el Sur, y la tercera en Centroamérica— Bolívar quería hacer la base de una organización Americana, y de esta americana, una Mundial.

Los tiempos trabajan para su idea. Las Repúblicas centroamericanas ya fueron un día federales y hoy aspiran a volver a serlo. La Gran Colombia, disuelta por las dificultades de la hora, vive en el recuerdo y en el corazón de los pueblos y si no llega a ser realidad en lo político, en lo económico puede serlo en no muy lejana época. Los países bolivarianos palpitan al unísono de una amistad fraternal que confirma el viaje del presidente Ospina a los países del Sur. El acuerdo Argentino-Chileno-Brasileño, el ABC, acaba de verse reiterado con motivo de las visitas de sus presidentes, y aún ampliado al Uruguay y al Paraguay. Los acuerdos regionales se hacen cada día más frecuentes.

En Europa, la Unión Federalista por la cual soñó Briand, vuelve a tener hoy partidarios y apóstoles. Y la misma carta de San Francisco, ampliando el artículo del Pacto de la Sociedad de Naciones que aceptaba los acuerdos regionales, encomia y recomienda tales “entes” para el arreglo de las diferencias. América, en fin, tiene un organismo que reúne a las 22 repúblicas del Continente, y las Conferencias Panamericanas son su parlamento. En Bogotá, la IX de la serie será ante el bronce de Tenerani una tardía pero real realización de las ideas que Bolívar en Panamá empezó a realizar, que se apagaron como el rescaldo, si se quiere, por un tiempo, pero que renacen como la llama con nueva y promesera vida. América se organiza, para ser una “transacción” entre la Europa dividida y arrasada. La paz que nos aguarda será una paz americana, y una paz bolivariana, o no será.

Otra de las más admirables contribuciones del Libertador a la formación del Derecho está constituida en la doctrina del “*Uti possidetis juris*”, que sigue siendo la norma del Derecho americano. Está contenida en las instrucciones a don Joaquín Mosquera, otro de los grandes diplomáticos colombianos, la norma del Derecho que el Libertador ordenaba incluir en los pactos que este negociador debía celebrar:

“Ambas partes contratantes se comprometerán a no entrar en negociación alguna con el Gobierno de Su Majestad Católica, sino sobre la base de la integridad de sus respectivos territorios como estaban demarcados en 1810, esto es, la extensión de territorio que comprendía cada Capitanía general o Virreinato en América; a menos que por leyes posterior-

res a la Revolución, como ha sucedido en Colombia, se incorporaren en un solo Estado dos o más Capitanías generales o Virreinos”.

En esta forma esta frontera jurídica, que habría de ser en las discusiones agrias de límites entre estos países nacidos al galope de los conquistadores, —que no tenían tiempo de fijar hitos en sus posesiones, dados a ellos en administración por una Corona distante, sin geólogos ni cartógrafos para fijar sus fronteras,— quedaba delimitada por una máxima que ha sido médula del derecho americano. Lo que España tuvo, pasó a los países americanos, con los mismos límites que tuvieron sus Capitanías y Virreinos. Bolívar no hizo de ella una fría norma, sino que la conjugó en los casos de discusión con arbitraje y conciliaciones. El derecho internacional americano es deudor a Bolívar de esta contribución a la iniciación de esta norma de arreglo. Como dice uno de los mejores biógrafos del Libertador, Joaquín Estrada Monsalve, en el pensamiento bolivariano, el *uti possidetis juris* es la estática, el arreglo arbitral, la dinámica.

Ya Bolívar preveía la urgencia de armar los organismos internacionales, para defender la Justicia, con lo que Montesquieu llamaba ya en su tiempo la Justicia fuerte. La Sociedad de las Naciones de Wilson, no admitió el principio y erró en su labor; las Naciones Unidas actuales lo han adoptado y ésta es una de las esperanzas en su reino por el triunfo del derecho de la fuerza, para asegurar la fuerza del derecho.

Pero si de ese aspecto general de la paz, pasamos a los problemas concretos, muchos de ellos estaban ya estudiados en la Carta de Jamaica, y en los estudios, proyectos y mensajes de Bolívar. No citemos sino uno, porque es él un punto sobre el cual no ha podido aún hacerse algo en América, el de los golpes de Estado y la lucha contra la infiltración de las doctrinas antiamericanas en el gobierno de los países del Continente. El artículo 20º del Tratado de Panamá, decía al respecto:

“Si una de las partes contratantes modifica esencialmente sus formas de gobierno, por este solo hecho será excluida de la Confederación”.

Cuán sabia disposición, entre países afines, no sólo por religión, cultura, idioma y raza, sino por las formas de gobierno que quieran darse, y sin consideración a las cuales caen por su base pactos como el de Confederación, que exigen confianza en quienes los ejecutan. La doctrina Estrada, los pactos antikomintern y anti-nazis, que se han promovido o celebrado en el continente, estaban ya previstas en 1826 en el Pacto de Panamá, porque Bolívar quería defender la independencia de estos pueblos de las doctrinas y regímenes nefastos, porque ya él citaba la frase de Montesquieu de que “es más fácil subyugar a un pueblo, que sacar a un pueblo de la servidumbre”.

Pero si Bolívar en Angostura dio las normas para la fundación de un Estado y de un gobierno, sabias, flexibles y concretas, como deben ser las normas de los gobernantes; si ya desde Jamaica resumía en una verdadera carta fundamental de su pensamiento todos los problemas públicos y privados, internos e internacionales de América y del Mundo; si en el Manifiesto de Cartagena en 1812, hizo la historia de los insucesos de su Venezuela bienamada en el camino de la libertad, hizo la apología de ésta e invitó a los granadinos a dársela y llevarla hasta su hermana Venezuela, en una cruzada que tuvo el éxito que conocimos; si en el gobierno hizo la aplicación fiel de sus planes; si al dar una constitución a Bolivia no hizo sino aplicar sus principios, inseritos en la Carta jamaicana, y que cristalizaron en su obra; si toda esta fidelidad a sus creencias, este inigualable conocimiento de los problemas, esta previsión de los hechos por venir es admirable en el Libertador, hay una

enseñanza que élla sí no se ha realizado aún, y espera mejores días para su encarnación en el mundo y en su patria, y su ascensión definitiva.

Es lo relativo a la Unión. Quizás ningún hombre después de Cristo ha tenido la pasión de la unión de los hombres, de los que más de cerca le tocaron, sus hijos, que este Libertador nuestro. El hizo de esa ideal manera de vivir el credo de su vida. A él le asesinaron los puñales de la ingratitud de sus conciudadanos más que los que se blandieron en la noche de septiembre. Verlos enfrentados y coléricos lo llevó a la tumba. En Jamaica ya, terminaba su carta con esta frase inmortal: "LA UNION ES LA QUE NOS FALTA PARA COMPLETAR LA OBRA DE NUESTRA REGENERACION". En San Pedro Alejandrino ofrece su vida para "que cesen los partidos y se consolide la Unión". Quiso unir los partidos, los pueblos cercanos, —prueba la Gran Colombia y los países bolivarianos, y su pronosticada confederación granadina, y su deseada liga americana, y la Gran Nación Universal con que soñó.

Tal vez en la Historia del mundo sólo el Gran Pontífice de la Paz, Pío XI, ha llegado a ofrecer la vida por una paz que vio perecer y le costó la suya. El verdadero testamento de Bolívar, el que está inejecutado, el que es una norma para el mundo, es el llamamiento a la UNION. Como lo anota José Martí, "*Bolívar tiene aún que hacer en América*".

DANIEL HENAO HENAO

NOTAS DE LA CANCELLERIA

CABLE NUMERO GM — Bogotá, diciembre 17 de 1947

A los Cancilleres de los países bolivarianos:

Honor participar a Vucencia que en esta fecha conmemorativa de la muerte del Libertador celebróse solemne funeral en la Catedral Primada, con asistencia altas autoridades civiles y eclesiásticas de Colombia, encabezadas por el Excelentísimo Presidente Ospina Pérez, quien depositó después ofrenda floral ante la estatua del héroe máximo stop. En la Catedral pronunció emocionante oración fúnebre el conocido orador sagrado doctor Pedro Pablo Galindo y ante la estatua de Bolívar leyeron elocuentes discursos el Ministro de Guerra doctor Fabio Lozano Lozano en nombre del Gobierno y de la Academia de Historia y el profesor Jorge Bejarano en representación de la Sociedad Bolivariana de Colombia stop. A la una y minutos de la tarde el Presidente Ospina Pérez leyó por radio un expresivo mensaje al pueblo colombiano alusivo a la conmemoración que se celebra y pidiendo la unión de todos como acto de gratitud y consideración para ser dignos hijos de las naciones creadas por el genio de Bolívar. stop. El cuerpo diplomático, la Sociedad Bolivariana de Colombia y numeroso público presenció estas solemnidades patrióticas stop. Quiero renovar a Vucencia con tan señalada ocasión los sentimientos y votos del Gobierno y pueblo colombianos por la creciente fraternidad de la familia internacional bolivariana y la fe en sus destinos ineluctables sustentados por las prácticas democráticas y por la sombra augusta de Bolívar.

DOMINGO ESGUERRA

Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia

RESPUESTAS DE LAS CANCELLERIAS BOLIVARIANAS

Lima, diciembre 22 de 1947

Excelentísimo señor Domingo Esguerra
Ministro de Relaciones Exteriores.
Bogotá.

Me honro en agradecer y corresponder atento cablegrama Vuestra Excelencia participándome realización solemnes significativas ceremonias conmemorativas aniversario muerte del Libertador a las que Primer Mandatario de Colombia Excelentísimo señor Mariano Ospina Pérez dio máximo realce leyendo mensaje alusivo invocando sentimientos ideales noble pueblo colombiano, cuya permanente preocupación por afirmar la amistad con naciones vinculadas a memoria de Bolívar constituye el mejor tributo de admiración y recuerdo rendido a su obra y a su genio. Gobierno y pueblo peruanos hacen también votos porque vinculación familia bolivariana se afirme cada vez más al mismo tiempo que se estrecha fraterna amistad nuestros dos países especialmente unidos común destino histórico y su devoción por ideales democráticos legados por creadores de nacionalidades americanas. Renuevo a Vuestra Excelencia seguridades mi más alta y distinguida consideración y personal aprecio.

ENRIQUE GARCIA SAYAN

Ministro de Relaciones Exteriores del Perú

Caracas, diciembre 18 de 1947

Excelentísimo señor Domingo Esguerra
Ministro de Relaciones Exteriores.
Bogotá.

Con intensa emoción he leído el atento radiograma de Vuestra Excelencia en el que me hace el honor de informarme de los actos mediante los cuales fue conmemorado en Bogotá el aniversario de la muerte del Libertador, homenajes dignos de la veneración colombiana a la memoria excelsa del Padre de la Patria con la brillante participación del Excelentísimo señor Presidente doctor Ospina Pérez. Palpita en ese mensaje de Vuestra Excelencia el sentimiento fraterno que hace de nuestros dos pueblos uno solo para exaltar la gloria de Bolívar, en cuya alma no hubo distingos entre colombianos y venezolanos; si Venezuela encendió su primera luz, Colombia recogió el aliento de sus últimas palabras de unión que han llegado a ser símbolo en las relaciones de los dos países, dueña hoy de su destino y preparada a hacerle frente a las grandes empresas de la democracia. Venezuela, junto con su hermana Colombia, no cesará en velar por la conservación incólume de la herencia del Libertador y sea ocasión propicia ésta de la conmemoración de su muerte para renovar votos de solidaridad americana bajo la sombra protectora del héroe el testimonio de esos votos así como el de reconocimiento por la gentileza de su radiograma envío cordialmente a Vuestra Excelencia con la expresión de mi anhelo por la permanente fraternidad de la familia bolivariana.

GONZALO BARRIOS

Ministro de Relaciones Exteriores
de los Estados Unidos de Venezuela

Panamá, 19 de diciembre de 1947

Excelentísimo señor Domingo Esguerra
Ministro de Relaciones Exteriores.
Bogotá.

Con el mayor interés me he impuesto de los solemnes actos efectuados en esa capital en conmemoración de la muerte del Libertador, de los cuales da cuenta Vuestra Excelencia en

atento radiograma de ayer. El homenaje que Colombia acaba de rendir a la memoria del Padre de la Patria, con la participación del Cuerpo Diplomático y entidades diversas, constituye una ejemplar demostración de gratitud para con el héroe máximo de nuestra libertad, y es al mismo tiempo reafirmación de los ideales bolivarianos que tan fuertemente unen a nuestros países. En esta memorable oportunidad reitero la fe inquebrantable del Gobierno panameño en los destinos comunes de las Naciones que recibieron de Bolívar el legado precioso de la libertad y la sabia inspiración de su genio.

FLORENCIO AROSEMENA FORTE
Ministro de Relaciones Exteriores

La Paz, diciembre 20 de 1947

Excelentísimo señor Domingo Esguerra
Ministro de Relaciones Exteriores.
Bogotá.

Mi gobierno agradece la atención con que Vuecencia se ha dignado informarle del homenaje rendido por el Gobierno de Colombia a la memoria del Libertador en el aniversario del fallecimiento del Padre de la Patria stop. En las jornadas heroicas de la emancipación el genio de Bolívar vinculó a nuestros pueblos en el afán de la libertad y en el amor de la gloria mientras hoy en las jornadas de la paz el vínculo en los afanes comunes por el progreso de nuestras naciones, por el culto del bien y de la justicia, por la defensa de las instituciones democráticas stop. Dígnese Vuestra Excelencia transmitir al Gobierno y pueblo de Colombia los sentimientos fraternales del Gobierno y pueblo de Bolivia.

TOMAS MANUEL ELIO
Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia

Quito, diciembre 20 de 1947

Excelentísimo señor Domingo Esguerra
Ministro de Relaciones Exteriores.
Bogotá.

Agradezco a Vuestra Excelencia por la conceptuosa comunicación en que con ocasión ceremonias conmemorativas luctuosa aniversario muerte del Libertador dígnase expresarme sentimientos y votos Gobierno y pueblo colombianos por creciente fraternidad familia internacional bolivariana y la fe en sus destinos ineluctables. Gobierno y pueblo ecuatorianos sustentan idénticos ideales y encuéntranse resueltos a trabajar porque se lleven a la práctica de manera efectiva mediante una estrecha colaboración económica, diplomática y cultural los auténticos principios bolivarianos de solidaridad y unión entre nuestros pueblos indisolublemente vinculados por la comunidad de lengua, origen y cultura.

ANTONIO PARRA VELASCO
Ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador

LA CONMEMORACION DEL 117 ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL LIBERTADOR

El Ministerio de Educacion Nacional, a cargo del doctor Joaquín Estrada Monsalve, elaboró un brillante programa para conmemorar mañana el 117º aniversario de la muerte del Libertador Simón Bolívar. Habrá actos públicos especiales, con participación del ejército, y oraciones a cargo del Ministro de Educacion, el padre Galindo y de otros eminentes oradores.

La Dirección de Educación Pública del Valle, fiel a esta orientación fijada por el Ministerio, también cooperará intensamente para que la conmemoración de la trascendental fecha revista en Cali toda su hondísima significación. El doctor Hernando Olano Cruz está vivamente interesado en darle merecido realce a la conmemoración de mañana.

Ya no está solitario el padre Alfonso Zawadzky en su devoción ardiente por el Héroe. Desde hace algunos años él ha sostenido casi solo en el país el culto de los testamentos de grandeza del Libertador. El natalicio, la muerte, sus principales hazañas, han sido acentuados en la conciencia pública por este sincero apóstol y exégeta bolivariano, y, al fin, su tarea pertinaz, obstinada, muchas veces desoída, ha taladrado la conciencia pública e impreso los hechos del hombre más grande que ha producido el continente, lo que no quiere decir que el padre Zawadzky haya abandonado su labor insigne. Mañana él, también, desde la Dirección de la Biblioteca del Centenario, hará el programa tradicional de evocación de la muerte del Padre.

Bolívar es fanal de América. La visión que tuvo de América perfora los siglos y alumbrará para la eternidad los destinos de estos pueblos. Sólo dentro de sus normas el continente busca la parábola de su superación, el rastro glorioso de su propia glorificación.

Por eso hay que acercarse a esa lumbrera portentosa en cada ocasión que sea más propicia. Bolívar tiene todavía que hacer en América, dijo Martí. Así lo reconocen hoy todas las naciones de este hemisferio.

“Relator” 16-XII-47. Cali

EL TÍTULO DE LIBERTADOR COMO PROPIEDAD DE GLORIA.

Por *Simón Miranda*.

Parece que haya revivido una amortiguada sensibilidad oficial en el estricto deber de rendir homenaje, en días de eterna memoria para la Democracia americana. Conviene por tal motivo, recordar el texto de documentos que forma la urdimbre vital de la verdadera historia de nuestra soberanía nacional. *Bolívar* vibra y su gloria será eterna parábola de luz, siempre en la magnífica ascensión hacia lo supremo de la gloria. La profecía de Choquehuanca se cumple en cada aurora y en cada ocaso del sol, desde 1825. Quiero decir, la justicia de la verdad de los hechos cada día, se baña en la claridad de la luz del hombre que surgió para realizar la redención política del continente. Vanos intentos ensayados para operarle, se han frustrado, porque, así como el arte es la expresión de lo bello en formas sensibles, o es el resplandor de la verdad, la severidad de la historia, como concepción estética para glorificar en justicia la libertad de los creadores políticos, es una luz inextinguible que, en su perennidad, hace vibrar el nombre puro de esos creadores que redimieron al hombre del cautiverio de la esclavitud de la razón.

Razón tuvo el Congreso de la Gran Colombia cuando le decretó a Bolívar el título de *Libertador* como “propiedad de gloria”, el día 6 de enero de 1820, desde el palacio del Soberano Congreso en Angostura. Firma la comunicación del mencionado decreto a Bolívar, el doctor Francisco Antonio Zea, presidente del Congreso, perillustre hijo de Antioquia.

Profunda emoción causa la lectura de este decreto de honores, que no eran póstumos sino tributo en vida a quien nos dio la vida de la libertad, tributo al Padre de la Patria, al Hijo de la Gloria, al Espíritu de la Libertad colombiana. Este decreto es una lección de historia patria, rara vez citado por nuestros “criticistas” enfermos de antibolivarismo. La cátedra de Clío debiera llenar su alta misión educadora.

El decreto del Soberano Congreso, como lo destaca el texto en los motivos, fue un explícito reconocimiento nacional al Libertador y al ejército libertador. Los artículos primero y segundo consagran a Bolívar el título y ordenan la colocación de su retrato “bajo el solio del Congreso”. Los artículos restantes del tercero al sexto, son los honores a los vendedores de Boyacá “y a todos los individuos del ejército que emprendió esta campaña memorable, con inclusión de los que perdió en el paso de los Andes, los patriotas que se le reunieron y las personas que se han distinguido extraordinariamente en favorecerlo”.

Transcribo en seguida los artículos primero y segundo, con el encabezamiento de la nota oficial de Zea a Bolívar.

El Soberano Congreso ha determinado que en testimonio de la alta consideración que le merece V. E. por sus virtudes cívicas, aun más que por sus hechos inmortales, sea su Presidente mismo quien comunique a V. E. el siguiente decreto:

El Soberano Congreso deseando dar al Jefe y al Ejército libertador de Cundinamarca un testimonio del reconocimiento nacional, ha venido en decretar y decreta lo siguiente:

Artículo 1º.—El general *Bolívar* queda condecorado con el título de Libertador, de que usará en todos los despachos y actas del gobierno anteponiéndolo al de Presidente, y lo conservará como *una propiedad de gloria* en cualquier otro destino y en el retiro mismo de los negocios públicos.

Artículo 2º.—Su retrato será colocado bajo el solio del Congreso con esta inscripción en letras de oro: “*Bolívar Libertador de Colombia, Padre de la Patria, Terror del Despotismo*”, y más abajo en pequeños caracteres: “*Decreto del Congreso de Angostura a 6 de enero de 1820*”.

Los dos artículos condensan toda una biografía del hombre de la gloria. Su retrato, en años recientes, fue retirado de oficinas públicas, con cierto gesto despectivo por los que ignoran la gloria, porque hicieron renunciamento de la libertad para atarse a la causa del servilismo.

Años antes del decreto, tanto Caracas como Santa Fe de Bogotá, habían refrendado a Bolívar el glorioso y merecido título de Libertador. El Congreso soberano cumplió un deber y su voluntad no ha sido nunca derogada en ley alguna, que si lo hubiera sido mengua para la Democracia hubiera sido. “Padre de la Patria”, “Libertador de Colombia”, “Terror del Despotismo”. Así la voz oficial, eco sonoro y percutiente de la voz de una Democracia.

La presencia del Libertador en su doctrina, es el fulgor solar de su grandeza espiritual. Su doctrina es la nave de todas las esperanzas políticas de la democracia de América. El nombre sagrado de Bolívar es invocado hoy en las grandes asambleas, porque su nombre contiene la doctrina segura de la estabilidad política de los pueblos y la garantía de supervivencia de nuestra libertad, en la hora actual conturbada, coartada porque los gobiernos quieren con indisimulada sagacidad adherir al fatal estatuto del totalitarismo soviético, que es el mismo hitleriano.

Libertador, propiedad de gloria de Bolívar, sea embrión y germen de la libertad del pueblo colombiano. Surja la vida de la doctrina que hizo milagros durante la campaña de catorce años para libertar al mundo americano del despotismo, hidra de deformes cabezas que aún hace agresiones para esclavizar al hombre en nombre de una fatalidad social que se llama el despotismo comunista, que tiene una serie de máscaras políticas en Colombia.

Cali, 17 de diciembre, 1947.—117º aniversario de la muerte del Libertador.

“Excelentísimo Señor Libertador de *Colombia*.

(De “Relator”, Cali).

Las escenas sublimemente tristes de la muerte del Libertador, han sido muchas veces narradas por escritores de alta nombradía como Guillermo Valencia, en su bella oración pronunciada en San Pedro Alejandrino el 17 de diciembre de 1930. El doctor Próspero Réverend nos dejó un relato limpiamente conmovedor. El historiador Posada Gutiérrez, uno de los fieles amigos del Héroe sin par, quien acondicionó los preparativos de su postrer viaje de Honda a Cartagena, fue el primero en historiar esa última marcha del gran viajero, que hizo beber a su caballo en las aguas que forman el Orinoco, el Magdalena y el Plata. Carlos Pellicer, insigne poeta mexicano, ha consagrado al ocaso corporal del genio caraqueño uno de sus más extraordinarios cantos, digno de parearse con las más sentidas y mejor expresadas elegías. Y es que, como afirma Rodó: "pocos hombres vivieron, en el torbellino de la acción, vida tan bella; ninguno murió en la paz de su lecho, muerte más noble". Bolívar fue de excelsa grandeza así en su vida como en su muerte, dejando, en ambas, magníficos ejemplos a la posteridad.

Hizo ya una centuria que el más grande de los poetas románticos franceses exclamaba: "No es, no puede ser verdaderamente francés, quien, desde todos los ámbitos de la patria no realice, o aspire a realizar, siquiera espiritualmente, una peregrinación a la tumba que guarda los despojos de Napoleón". Con mayor razón es dable parafrasear la cita hugoniana, para afirmar que igual anhelo deberían abrigar todos los colombianos. Porque, visitar los lugares de San Pedro Alejandrino que sirvieron de escenario a los últimos días de la vida mortal de Bolívar, constituye una de las emociones más profundas que pueda sentir un corazón patriota. A San Pedro Alejandrino se entra, como al Santa Sanctorum en que reposaba el Arca de la Alianza, sacudiendo el polvo de las sandalias y con el alma postrada de hijos, en el mutismo abismado de los grandes silencios, porque allí toda palabra sobra.

Muchas veces hemos reflexionado sobre que ninguna excursión escolar o colegial debería ser preferida a la de una visita a San Pedro Alejandrino, santuario de la patria, que tantas enseñanzas guarda. Que debería ser obligación de todos los presidentes de Colombia ir una vez durante su mandato, a visitar esos sagrados lugares que son, a modo de una Jerusalem grancolombiana y aun americana. El más férvido anhelo de la cristiandad, en los siglos de la Edad Media, fue la visita a los sitios en que padeció y murió Cristo Jesús. El rescate de su sepulcro culminó en la epopeya de las Cruzadas, que dieron nacimiento a la institución de la caballería, palenque de valor, de hidalguía, de gentileza y de cultura, como fuera en su principio esa forma de vida, que describió Cervantes en su obra inmortal. Pero a más de la peregrinación a San Pedro Alejandrino, Jardín de los Olivos y Monte Calvario de la Patria, Santa Marta y todos los contornos de su lindísimo mar, de playas tan gratas como las más afamadas por el turismo internacional, de sus campos enmarcados a lo lejos por la mole nivea e imponente de la Sierra Nevada, cuyas colosales aristas se reflejan en las aguas límpidas del Caribe: la misma ciudad, de las que subsisten, la primera fundada y el primer obispado erigido, es singularmente acogedora, pues sus gentes tienen una simpatía clarísima y cautivante como el pedazo de mar de su hermosísima bahía; subyugadora como la grandiosidad de la mole gigantesca de su Nevada Sierra. En todo el país no existen playas de mayor atractivo para el turismo como las de Santa Marta, tanto en la bahía de la ciudad, como en la de Gaira. Debería instituirse como premio para el mejor curso del año, en cada colegio, una excursión a San Pedro Alejandrino y, por consiguiente, una visita a la ciudad y campos frondosos que la enmarcan, y, ante todo, consagrada por el ocaso sublime de Bolívar, postrer acto de su mortal peregrinación, para ascender a la inmortalidad de la gloria.

“La Cruz del Sur —canta Carlos Pellicer— iluminó su sombra y todos los Andes le conocieron. En los días aciagos hirió al Destino con los huracanes de su genio. Jamás los hombres vieron nada más grande bajo el cielo. Sus últimos días se cortan en abismos llenos de gritos altísimos, dinamitados en el viento!” Y con apropiada cita del clásico español, uno de nuestros más originales escritores, en las alamedas del santuario de San Pedro Alejandrino, hace eco al rumor oceánico que turba el silencio circundante, con esta exclamación:

“Dejadme llorar,
a orillas del mar”....

(De “Relator” de Cali, del 17 de diciembre de 1947).

EN MEMORIA DEL LIBERTADOR

El próximo diez y siete de diciembre se cumplen ciento y diez y siete años de la muerte del Libertador en la Quinta de San Pedro Alejandrino. El gobierno nacional, que a todo trance quiere conservar el culto por los héroes y por la historia del país, ha dispuesto que en este año se conmemore esta fecha con todo el esplendor posible. En la hora precisa en que se cumple el nuevo aniversario, hablará en la plaza de Bolívar de Bogotá, el doctor Fabio Lozano Lozano y en las horas de la tarde de ese mismo día hablará ante los micrófonos de la Radio Nacional, el doctor Joaquín Estrada Monsalve, Ministro de Educación. Como se ve, son dos oradores que le hacen honor a la elocuencia colombiana. El tema que desarrollará el doctor Estrada Monsalve es el de Bolívar y la Educación. Imposible algo más sugestivo para una ocasión tan solemne como la presente. Es además un tema de mucha actualidad, porque todo lo que se relacione con la educación en general está llamado a ocupar el primer puesto. Estamos seguros de que el doctor Estrada Monsalve escribirá una página, como las suyas, llena de profundidad, de interés y de amenidad.

El departamento de Caldas también se prepara, por intermedio de la Dirección de Educación, a celebrar dignamente tan significativa fecha. Sabemos que el señor Director ha pasado circular a todo el personal subalterno del departamento encareciéndoles el acto conmemorativo como un homenaje digno del Padre de la Patria. Esperamos que en Manizales sea elaborado un programa que esté muy de acuerdo con su cultura y con su tradición de ciudad que ha tenido por la memoria del Libertador un culto sagrado y respetuoso. De todas maneras, la nación, el departamento y los municipios se preparan al unísono para celebrar dignamente la dolorosa fecha del diez y siete de diciembre.

(De “La Patria” de Manizales, del 14 de diciembre de 1947).

PALABRAS DE OSPINA

Altas, generosas y nobilísimas palabras pronunció el señor Presidente Ospina, como homenaje de la nación colombiana al Libertador y Padre de la Patria, con ocasión del 117 aniversario de su muerte.

A través de las ondas eléctricas se adivinaba fácilmente la emoción del primer magistrado, al evocar la recia figura de Simón Bolívar y su pensamiento formidable y eterno. Y no podía ser sino así, ya que Ospina descende de próceres y está vinculado a la historia de la República con lazos de indestructible grandeza. Además, el Presidente de Colombia está realizando en el gobierno, con tenacidad sinigual, el ideal supremo del Padre: la Unión de todos los colombianos. Y ninguna fecha más propicia para hablar de unión y de frater-

nidad, que la del 17 de diciembre que evoca las palabras finales del Libertador. Ospina Pérez ha sido uno de los más fieles intérpretes del pensamiento bolivariano. Su actuación como gobernante lo está demostrando así. El, como Bolívar, se ha colocado por encima de los partidos y su máxima preocupación está radicada en la Patria que él ha deseado siempre digna y próspera. A Ospina Pérez le debe el país el haber rescatado esta fecha ilustre del olvido en que se la tenía. Porque es preciso tener en cuenta que el aniversario de la muerte del Padre solía transcurrir entre nosotros en medio de una indiferencia glacial. Apenas si la Academia de Historia verificaba una reunión clandestina cuyos resultados no llegaban hasta el propio pueblo. Ahora se trata de vincular a la sociedad colombiana a esta conmemoración ilustrísima. Por primera vez en muchísimos años, el 17 de diciembre ha cobrado trascendencia y brillo. Y ello, gracias a la devoción bolivariana del primer magistrado, a su estirpe prócer y a su respeto por la memoria de nuestros héroes.

El discurso dirigido en la tarde de ayer por el señor Presidente Ospina a los colombianos, con motivo del aniversario de la muerte del Padre, es una página de conmovida grandeza, de noble estilo y de la más alta y pura emoción bolivariana.

(De "La Patria" de Manizales, del 18 de diciembre de 1947).

EL GOBIERNO Y EL 17 DE DICIEMBRE

El gobierno nacional, por intermedio del Ministerio de la Educación, dispone la digna celebración del aniversario de la muerte del Libertador, el próximo diez y siete de este mes, llamando a cooperar a cuantos deben hacerlo, por medio de actos importantes, destinados a honrar y a encarecer la memoria preciadísima de Bolívar.

Dispone el decreto la colocación, en sitio de honor de las universidades y colegios oficiales de la República, del retrato del Padre de la Patria, cuyo perenne culto encomienda como elemental deber de gratitud sin término de cuantos a él debemos el disfrute pleno de la libertad.

Esta fecha venía siendo apenas recordada por los periódicos, que anualmente consagraban un recuerdo a la histórica conmemoración de la muerte del Libertador. El gobierno, en un acto que aplaudimos porque interpreta una aspiración patriótica, consagra oficialmente la fecha del 17 de diciembre. Aniversarios como ése merecen perpetuarse para promover en el pueblo el homenaje a quien llenó y rebasó la medida del servicio y del sacrificio, hasta colocarse como la primera figura del tormentoso siglo diez y nueve.

Hay que reconocer la preocupación de nuestro gobierno por cuestiones que directamente aluden al sentimiento patriótico. El culto a la bandera, obra de la primera dama de Colombia, doña Berta Hernández de Ospina Pérez, adoptado con beneplácito, tanto por el gobierno y las instituciones armadas, como por los estudiantes de todo el país, representa una de las más felices y meritorias invenciones. Ese solo acto presenta al gobierno de unión nacional con sus más excelentes características. Vino luégo la creación de días especiales para las distintas armas del ejército colombiano, día de la marina, día de la aviación, día de la infantería, etc. "La patria militante" se le llama, con tanta razón y honrosa justicia, al ejército y este gobierno ha venido estimulándolo, distinguiéndolo, honrándolo. Y ahora se produce la consagración de la fecha de la muerte del Libertador, colocándola en el sitio que merece la triste efemérides.

El Libertador debe ser el objeto máspreciado del culto nacional. El Libertador lo fue todo. Y todavía hoy, sus sabias admoniciones, entonces ni entendidas ni atendidas, forman el auténtico ideario del panamericanismo, tomado como principio de cooperación internacional entre las naciones que hacen parte de la gran familia de América. Cuán actuales hoy

sus doctrinas y cuán útiles sus consejos. América unida para el servicio del mundo, constituyó su más honda preocupación. El presidente Roosevelt, en sesión memorable, lo proclamó como fundador e inspirador de la Unión Panamericana. Y miles de altas personalidades llegan a colocarlo en la categoría de inspirador de la Organización de las Naciones Unidas, atestiguando así la actualidad permanente y definitiva del genio caraqueño.

(De "El Colombiano" de Medellín, del 13 de diciembre de 1947).

EL DISCURSO DEL JEFE DEL ESTADO

En su conmovida alocución iniciada en el preciso minuto histórico conmemorativo de la muerte del Libertador, el excelentísimo señor presidente de la república renovó solemnemente sus honrados propósitos de concordia nacional, de respeto a la voluntad del pueblo, de acatamiento irrestricto de los postulados que informan el programa de su gobierno.

Nada mejor tampoco que el día y la hora para la expresión de tan límpidos sentimientos. El diecisiete de diciembre de 1830, la república bolivariana perdía la orientación de su fundador y entraba, como los huérfanos, a manejarse a sí misma. Entonces asumimos la plena responsabilidad. Un siglo y diecisiete años después, el país ofrece a la inmortal memoria del héroe la realización cumplida de su postrer deseo. Unidos estamos, pudo decirle ayer el presidente al Padre de la Patria, afirmando con hechos la suma de su última voluntad, cuando pidió llevarse consigo el consuelo de que todos nosotros permaneciéramos unidos para librarnos de la anarquía.

El éxito de Bolívar, dijo el Presidente Ospina Pérez, no fue el de una persona, sino el de una nueva humanidad que con él y dentro de él hizo violenta irrupción en la historia universal. De ahí precisamente, dicho con palabras tan felices, la actualidad sin término del Libertador, que pasa a ser una institución. Porque Bolívar, al eclipsar toda grandeza que no fuera la suya, reunió en sí el más vasto poder que hombre alguno haya retenido sobre los pueblos y los hombres. La noble y desinteresada decisión del general José de San Martín después de la entrevista de Guayaquil, no fue sino el resultado natural del reconocimiento del genio, ante quien se rindieron los poderes. Bolívar unificó la guerra de independencia, centralizando oportunamente en él la dirección. Por eso hubo un solo plan, por un solo medio, en busca de un sólo fin, desarrollado por un solo hombre.

El programa de unión nacional no es sino la realización de la última proclama de Bolívar, aquella triste tarde de Santa Marta, cuando sólo el mar podía recibir sin corromperse la infinita amargura del padre. Este gobierno tiene pues claro y determinante origen bolivariano, porque está inspirado en las lecciones, en las instrucciones, en las admoniciones de Bolívar. Bolívar es su guía, su orientador. El presidente es el entusiasta ejecutor del mandato recibido entonces, que ahora entra a su perfecta y exacta satisfacción.

En este nuevo aniversario de la muerte de Bolívar, el jefe del Estado rindió cuentas ante su preciosa memoria. Era a manera de un parte al jefe supremo de la nacionalidad, que debió serle grato. Esta renovación cordial y sincera del afecto del pueblo hacia su creador y organizador tuvo diciente expresión en vísperas de reunirse en Colombia la IX Conferencia Panamericana, entidad internacional que realiza la doctrina de la armonía de nuestros pueblos, para servirnos, ayudarnos y apoyarnos mutuamente, en la guerra y en la paz, con las armas o con el dinero, haciendo de América un hecho definitivo, real, físico, no sometido a las corrientes eventualidades políticas de estos países volubles, tornadizos y caprichosos.

La alocución presidencial de ayer constituyó un simpático y valioso homenaje, tanto a la memoria del Libertador como a las ideas que él animó.

(De "El Colombiano" de Medellín, del 18 de diciembre de 1947).

SIMON BOLIVAR

El tiempo ha corrido el lapso de ciento diecisiete años sobre la muerte del Libertador Simón Bolívar, uno de los hombres más maravillosos de la humanidad; sin par en la multitud armónica de su genio; paradigma de generaciones, ejemplo claro de libertad, cuya figura adquiere en el plano de lo inmortal la perennidad inmensurable de lo eterno. Simón Bolívar con Santander son dos figuras necesarias en la idea de la patria, el uno como el hombre sin precedentes en la historia de América y el otro, varón cuyas virtudes cívicas le dieron a la democracia moderna su más exacta definición. Se ha dicho que Bolívar y Santander son dos figuras paralelas para la historia de Colombia, pero nosotros sólo queremos decir que el uno fue el suplemento necesario del otro para realizar la verdad en el resultado histórico de nuestro desarrollo.

El padre de la Patria, ha sido el personaje más definitivamente humano que ha producido la América nuestra; todo en él obedecía a la noción entrañablemente humana de la vida, desde la arrogancia en su orgullo criollo, hasta la timidez en las acciones íntimas. Hombre para quien todos sus hechos recibieron el adjetivo, grande, en su estricto significado. Porque Simón Bolívar, como afirmó uno de sus biógrafos, fue magno hasta en sus pecados. En Bolívar lo grande se hacía inmensurable y lo pequeño colosal.

Hoy a los ciento diecisiete años de su muerte, la estampa del Libertador continúa la misma, hoy como en 1830, su gloria es la misma con la diferencia de que sólo a prudente distancia de su tránsito por la comarca de las lágrimas puede admirarse la inmensidad de su obra y la grandeza inmercesible de su personalidad.

Queremos reafirmar nuestro concepto fijo del gran hombre de América: Simón Bolívar será la figura humana de mayor fisonomía que haya venido al mundo después de Jesucristo, por la magnitud del ideal por el que luchó, y por la grandeza del bien entregado a los hombres de un continente: La Libertad. — F. R. G.

(De "La Razón" de Bogotá, del 17 de diciembre de 1947).

PENSAMIENTOS DEL LIBERTADOR

El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad: se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas. *Septiembre de 1816*

Por fortuna, entre nosotros, la masa ha seguido a la inteligencia. *Septiembre de 1816*

Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza, y por el vicio se nos ha degradado mas que por la superstición. *Febrero de 1819*

Si la naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra ella y la someteremos. *Marzo de 1812*

Yo soy soldado y mi deber no me prescribe otra cosa que la ciega obediencia al gobierno, sin entrar a examinar la naturaleza de sus disposiciones, que sin duda son y deben ser las más prudentes y justas. *Abril de 1813*

La unión bajo un solo gobierno supremo, hará nuestra fuerza, y nos hará formidables a todos. *Diciembre de 1813*

Yo sigo la carrera gloriosa de las armas solo por obtener el honor que ellas dan, por salvar a mi patria y por merecer las bendiciones de los pueblos. *Febrero de 1815*

El sacrificio del mando, de mi fortuna y de mi gloria futura, no me ha costado esfuerzo alguno. Me es tan natural preferir la salud de la república a todo, que cuando mas dolor sufro por ella, tanto mas placer interior recibe mi alma. *Mayo de 1815*

El verdadero guerrero se gloria solamente de vencer a sus enemigos, mas no de destruirlos.

Mayo de 1816

Un ejército de hombres libres, valerosos y vencedores, no puede encontrar resistencia: la victoria marcha delante de nosotros.

Febrero de 1818

Las recompensas honoríficas deben ser muy raras y muy justas.

Julio de 1820

Yo soy el hijo de la guerra; el hombre a quien los combates han elevado a la primera magistratura; la fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado.

... Esta espada no puede servir de nada el día de la paz, y este debe ser el último de mi poder.

Octubre de 1821

Estoy todo entero donde quiera que está una de mis partes.

Mayo de 1823

Una vida pasiva e inactiva es la imagen de la muerte, es el abandono de la vida, es anticipar la nada antes que llegue. Yo soy ambicioso, pero creo que usted (Suere) debe serlo un poco más para alcanzarme o superarme.

Enero de 1825

Yo soy irrevocable, como el destino, en los negocios de disciplina.

Junio de 1825

De pié sobre esta mole de plata que se llama Potosí y cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad, desde las playas ardientes del Orinoco, para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo.

Octubre de 1825

Libertador o muerto, es mi divisa antigua.

Septiembre de 1826

Si alguna vez os afligen males inesperados, acordáos de mí, que yo volveré a servirlos como a los más dignos colombianos.

Marzo de 1828

Sin fuerza no hay virtud, y sin valor no hay gloria.

Abril de 1828

El soldado no debe deliberar. Desgraciado del pueblo cuando el hombre armado delibera...

Junio de 1828

El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política.

Febrero de 1819

Las buenas costumbres, y no la fuerza, son las columnas de las leyes.

Febrero de 1819

En las repúblicas el ejecutivo debe ser más fuerte porque todos conspiran contra él, en tanto que en las monarquías el más fuerte debe ser el legislativo, porque todo conspira en favor del monarca.

Febrero de 1819

Para formar un gobierno estable se requiere la base de un espíritu nacional, que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales: moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública.

Febrero de 1819

Por lo mismo que ninguna forma de gobierno es tan débil como la democrática, su estructura debe ser de la mayor solidez, y sus instituciones consultarse para la estabilidad.

Febrero de 1819

La excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye.

Febrero de 1819

La soberanía del pueblo no es ilimitada, porque la justicia es su base y la utilidad perfecta le pone término.

Diciembre de 1822

Poco importa a veces la organización política, con tal que la civil sea perfecta.

Enero de 1828

Para formar el universo pedía Descartes, materia y movimiento. Para formar un sistema de justicia o un gobierno, se debe pedir la igualdad que es la materia y sin la cual no hay nada justo, ni útil por lo mismo; y la libertad que es el movimiento de la naturaleza social, pues no hay acción moral sin cierta libertad.

El legislador considera los hombres en cuerpo de nación; el gobierno los trata individualmente.

Marchar con la naturaleza de las cosas es la obra maestra del legislador.

La voluntad nacional es la suprema ley de los gobernantes; someterse a esa voluntad es el primer deber de todo ciudadano, y yo como tal me someto a ella. *Junio de 1828*

Permitireis que mi último acto sea recomendaros que protejais la religión santa, que profesamos, fuente profusa de las bendiciones del cielo. *Enero de 1830*

Para nosotros la patria es la América.

Noviembre de 1814

América es una máquina eléctrica que se conmueve toda ella, cuando recibe una impresión alguno de sus puntos. *Enero de 1825*

El Congreso de Panamá reunirá todos los representantes de la América y un agente diplomático del Gobierno de Su Majestad Británica. Este congreso parece destinado a formar la liga más vasta o más extraordinaria o más fuerte que ha aparecido hasta el día sobre la tierra. La Santa Alianza será inferior en poder a esta Confederación, siempre que la Gran Bretaña quiera tomar parte en ella, como miembro constituyente. El género humano daría mil bendiciones a esta liga de salud y la América como la Gran Bretaña cogrían cosechas de beneficios. Las relaciones de las sociedades políticas recibirían un código de derecho público por regla de conducta universal: el Nuevo Mundo se constituiría en naciones independientes, ligadas todas por una ley común que fijase sus relaciones externas y les ofreciese el poder conservador de un Congreso general y permanente; la existencia de estos nuevos estados obtendría nuevas garantías; el orden interno se conservaría intacto entre los diferentes estados, y dentro de cada uno de ellos; ninguno sería débil con respecto al otro: ninguno sería más fuerte; un equilibrio perfecto se establecería en este verdadero nuevo orden de cosas; la fuerza de todos concurriría al auxilio del que sufriese por parte del enemigo externo o de las facciones anárquicas...; las relaciones mutuas entre los países lograrían con el tiempo ser unas mismas; en la marcha de los siglos, podría encontrarse quizá, una sola nación cubriendo al universo.

Nuestras discordias tienen su origen en las dos más copiosas fuentes de la calamidad pública: la ignorancia y la debilidad. *Septiembre de 1815*

El crimen en todos los partidos es igualmente odioso y condenable: hagamos triunfar la justicia y triunfará la libertad. *Febrero de 1820*

Tengo mil veces más fe en el pueblo que en sus diputados.

Octubre de 1826

La anarquía es el infierno de los hombres.

Octubre de 1826

No hay buena fe en América, ni entre los hombres, ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones son libros; las elecciones combates; la libertad anarquía y la vida un tormento. *1829*

La muerte de Sucre es la mancha más negra y más indeleble de la historia del Nuevo Mundo. *Noviembre de 1830*